
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL ARCANGEL NEGRO
CLARK CARRADOS

La mujer, joven, hermosa, de larga cabellera negra que pendía suelta en ambos lados de su cabeza, estaba tendida sobre una especie de altar de granito, que coronaba un túmulo del mismo material. Una escalera de seis peldaños, permitía el acceso al túmulo, que se hallaba bajo las bóvedas de un fantástico castillo, que no parecía ubicado en el planeta.



Clark Carrados

# El arcángel negro

## Bolsilibros: Selección Terror - 168


**ePub r1.0**

**xico_weno** 15.10.17

Título original: *El arcángel negro*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

# CAPÍTULO PRIMERO

La mujer, joven, hermosa, de larga cabellera negra que pendía suelta en ambos lados de su cabeza, estaba tendida sobre una especie de altar de granito, que coronaba un túmulo del mismo material. Una escalera de seis peldaños, permitía el acceso al túmulo, que se hallaba bajo las bóvedas de un fantástico castillo, que no parecía ubicado en el planeta.

Los ojos de la mujer contemplaban aterrorizados el espantoso artefacto que se cernía sobre su cabeza. Era una enorme cuchilla, con la forma de la empleada por los carniceros, con un mango larguísimo, que podía girar sobre el extremo, sujeto a una sólida base de roca, a su vez adosada a uno de los muros de la cripta.

El cuerpo de la mujer no llevaba sobre sí otra ropa que un velo casi por completo transparente, lo que, en realidad, no significaba nada. Pero daba un singular atractivo a la contemplación de sus formas de diosa.

Estaba sujeta al altar por sendas argollas que sujetaban sus muñecas y sus tobillos, más un ancho cinturón, situado a ras de los senos. Los únicos movimientos permitidos eran los que podía hacer con la cabeza a derecha e izquierda, aparte de respirar y lanzar agudos gritos, solicitando piedad.

Un hombre, vestido enteramente de negro, salvo la camisa, apareció de repente junto al altar.

—¡Piedad, piedad! —suplicó la indefensa prisionera.

El hombre alto, delgado, moreno, de cejas picudas, con una extraña corbata de seda roja, lanzó una estentórea carcajada.

—¿Piedad, pides, después de que has mancillado mi apellido, con tus torpes amoríos? ¡Mira lo que tienes suspendido sobre tu cabeza: esa cuchilla será el instrumento que devuelva a mi honor el brillo que tú le has hecho perder con tu vida disoluta y sensual!

—Estaba sola, esposo mío… En el fondo siempre te amé… Guido

era tan simpático… No sé cómo pude caer en sus brazos… Fue una alucinación, te lo juro… Pero sólo te amo a ti, mi dueño y señor…

—Bien has dicho, mujer: tu dueño y señor. Y por eso mismo, voy a castigar tus orgiásticos devaneos.

—Por favor…

La mano derecha del hombre se apoyó en una especie de palanca, situada junto al altar. De pronto, ella consiguió desasir su mano y agarró la capa que llevaba puesta el hombre.

—Te lo ruego, amor mío…

El hombre lanzó otra atroz carcajada.

—Morirás antes que Guido —dijo—. ¿Sabes qué ha sido del bello Guido Forlì? Está detrás de un muro de piedra, donde morirá lentamente de hambre y de sed, por haberse atrevido a manchar el honor de los Von Scheranz. Y ahora tú, mujer maldita, ¡muere!

La mano del conde Von Scheranz movió una palanca y la cuerda que sostenía la enorme cuchilla se soltó.

El aparato descendió con terrorífica velocidad, pivotando sobre el extremo del mango. Su filo alcanzó el cuerpo femenino por la cintura y lo partió en dos.

Chorros de sangre saltaron disparados a gran distancia, mientras el altar se estremecía brutalmente primero y luego se rompía en varios pedazos; Un horrible alarido brotó de los labios de la prisionera, cortada literalmente en dos, pero el grito cesó casi instantáneamente, cuando el espantoso *shock* la sumió en una brevísima pérdida de conocimiento, prólogo apenas perceptible de una muerte irremisible.

Las dos partes del hermoso cuerpo femenino rodaron por los escalones, despidiendo torrentes de sangre.

Entonces, se oyeron gritos y alaridos de todas clases. Un par de mujeres se desmayaron. Un hombre vomitó.

Alguien, sin embargo, tuvo la serenidad suficiente para lanzar un poderoso grito, que dominó el tumulto que había seguido a la terrorífica escena:

—¡Corten! ¡Corten! ¡COOORRR… TEN!

* * *

Dieter Watzen pudo percatarse de que el abatimiento era la nota dominante en su amigo Uri Korpanov. Éste, gordo, medio calvo, con un bigotito de finas guías, estaba derrumbado en una de las butacas

de la pequeña sala de proyección.

Watzen se sentó a su lado.

—Hola, Uri —dijo.

Korpanov le miró con un solo ojo.

—Estoy arruinado. Dieter —gimió.

—Fue horrible, ¿eh?

—Espantoso, créeme. La pobre Britt Neckar…

Watzen había leído la noticia en los periódicos.

—Uri, dime, ¿qué es lo que falló?

—La cuerda. Alguien añadió un trozo más.

—¿Quién?

—Nadie lo sabe. La policía ha interrogado a todos los componentes de la *troupe*, empezando por mí, que soy el director y productor. Han hablado con carpinteros, tramoyistas, decoradores, con los mismos actores de la película, pero sólo han sacado una cosa en claro: la cuerda fue alargada.

—Y alguien puso en el falso filo de la cuchilla, un trozo de metal lo suficientemente largo y también afilado, para que pudiera cortar en dos el cuerpo de Britt Neckar.

—Sí, eso es verdad también.

—Uri, dime, ¿cómo se tenía que desarrollar la escena?

—Bueno, el conde iba a vengar su honor… Era una película de terror, ya sabes lo que gustan ahora estos temas. Britt representaba una de las esposas del conde, una especie de Barba Azul de principios del siglo pasado, inmensamente rico, pero que tenía la mala suerte de que todas sus mujeres le engañaban. Naturalmente, cada vez que se enteraba de uno de esos engaños, mataba a su esposa, por un procedimiento distinto cada vez, ¿comprendes?

Watzen hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —dijo—. Continúa, Uri.

Korpanov, productor y director de cine, movió una mano.

—Tú ya sabes lo que son estas películas: mucha sangre, muchas muecas, ambientes lúgubres y hermosas mujeres con poca o ninguna ropa encima. Ninguna de esas películas será una obra maestra, pero dan dinero y eso importa mucho hoy día. Bueno, a Britt le había tocado el papel de una de las esposas del conde, precisamente la que tenía que morir cortada en dos.

»Ahora bien, la cuchilla, muy bien imitada, era de polietileno,

aunque con un armazón interior de madera, dado su enorme tamaño, a fin de proporcionarle consistencia. La cámara debía filmar la caída de la cuchilla, cuyo supuesto filo quedaría detenido, en la realidad, a unos centímetros de la cintura de la artista. La cuerda, delgada, pero resistente y pintada de negro, a fin de que no se viera en la película, debía detener la caída del artefacto, pero, como digo, alguien la alargó apenas más de un metro.

—Lo que fue suficiente —sonrió Watzen—. Ahora bien, suponiendo que las cosas hubieran salido como se planearon, ¿cómo habrías resuelto el final de la escena?

—La siguiente toma, en el montaje, habría sido empalmada con la de la caída de la cuchilla. Ésta, recórtala convenientemente, para dar la sensación de que había cortado el cuerpo de Britt, estaría apoyada de filo sobre el altar. Luego, pintura roja en abundancia por todas partes, un primer plano del rostro de la condesa, con los ojos muy abiertos… y otro, final, con la cara del conde, expresando una morbosa satisfacción por haber vengado su honor.

—Sí, ya entiendo, hubiera sido muy efectista. De todos modos, alguien añadió un poco de cuerda…

—Nadie, absolutamente nadie, sabe quién lo hizo. Por eso te he llamado a ti, Dieter. Tengo que averiguar quién mató a la pobre Britt. Era una chica dulce, encantadora, muy disciplinada; obedecía sin vacilar todas mis órdenes y hubiera llegado a ser una gran artista. Yo me hubiese apuntado la gloria de haberla descubierto…, pero, además, tengo que vengarla, entiéndeme bien, amigo mío.

—Uri, si la policía no ha conseguido nada, ¿qué puedo hacer yo, un simple investigador privado?

—A veces, te he encomendado averiguar datos muy reservados de algunas de mis estrellas. Esto es algo que conviene siempre a un productor; de este modo, cuando alguien levanta la voz, sin motivo, yo le tapo la boca en el acto. Oh, no soy un tacaño ni me disgusta reconocer los méritos de los demás, pero lo que me revienta es que cualquier actorzuelo de tres al cuarto o una starlette que sólo sabe quitarse la ropa y aun así, sin gracia ni arte, quieran darme lecciones a mí, a un hombre que lleva ya veinte años en el cine.

—Eso sí es cierto, Uri.

—Y tú siempre conseguiste buenos resultados. Por eso quiero ahora que te encargues de esta investigación.

Dieter Watzen se acarició pensativamente el mentón.

—Bueno, si tanto interés tienes, Uri…

—El dinero es lo de menos. He vendido un par de películas terroríficas que me han producido millones. Pero esto podría ser la ruina de mi productora, ¿comprendes? Tendría que dedicarme a películas amorosas… y aun así, la estrella estaría siempre pensando en que el té que le servía su rendido enamorado estaba lleno de arsénico.

Watzen ocultó una sonrisa al oír aquel pintoresco comentario.

—Siempre has sido un poco exagerado, pero te ayudaré —declaró—. Ahora bien, para empezar, tienes que hacerme un favor.

—Lo que tú digas, Dieter.

—La escena fue filmada. Quiero verla, es decir, si se reveló la película…

—¡Pues claro que sí! Es más, la policía se llevó una copia… ¡Hans! —gritó Korpanov de pronto.

—¿Señor? —contestó una voz, desde la cercana cabina de proyección.

—El señor Watzen desea ver la escena de la muerte de Britt Neckar. Proyéctela, por favor.

—Sí, señor.

La sala de proyección era relativamente pequeña, con unas treinta butacas. Watzen se arrellanó en la suya y encendió un cigarrillo.

La pantalla se iluminó instantes más tarde. Watzen contempló el desarrollo de la escena en su totalidad.

Era algo realmente horripilante. Lo que estaba viendo no era un truco cinematográfico, sino algo que había sucedido en la realidad. Así se comprendía que el supuesto altar de piedra, en realidad, pura tramoya, se deshiciera en pedazos, tras el impacto de la cuchilla que, de falsa, había pasado a ser auténtica.

«¿Por qué?», se preguntó.

Alguno podía pensar en un posible sadismo del productor-director, ávido de ofrecer al público una escena totalmente real. Pero nadie con dos dedos de frente creería en semejante posibilidad. Korpanov no hubiera hecho jamás una cosa semejante y menos con una estrella de tanto futuro como Britt Neckar.

«Nadie mata a la gallina de los huevos de oro», pensó.

Cabían los celos, pero, insólitamente, Korpanov era fiel a su mujer, por lo que no cabía el supuesto de que su amigo hubiese querido vengarse de posibles desdenes por parte de la artista.

—La película estaba prácticamente terminada —dijo Korpanov —. Pero yo jamás consentiré que se proyecte en público. Nunca permitiré que nadie piense que quiero lucrarme con la muerte de la pobre Britt.

—Eso está muy bien, Uri. —De pronto, Watzen reparó en un detalle—. Por favor, haz que proyecten la escena de nuevo. Dile a tu operador que pare la proyección cuando yo grite.

—Está bien.

La escena se repitió en la pantalla. De pronto, Watzen alzó la voz:

—¡Ahora, pare!

El movimiento se detuvo. Watzen se puso en pie y caminó hacia la pantalla, que medía cuatro metros de lado.

—¿Ves algo en particular? —preguntó Korpanov, desde su butaca.

—Britt se soltó la mano derecha. ¿Estaba previsto en el guión?

—Sí, claro; la argolla había quedado deliberadamente floja, mal sujeta al altar de tramoya…

—¿Qué ha sido del artista que interpreta el papel de conde?

—Oh, había olvidado decírtelo. Nadie ha vuelto a verle, Dieter.

Watzen, sorprendido, se volvió hacia su amigo.

—¿Le conocías? —preguntó—. ¿Cómo ha podido hacer una cosa semejante?

—Bueno, la verdad es que suponemos que ese hombre es el asesino de la artista. El auténtico protagonista, Tom Bow, un actor inglés, a quien se le dan muy bien esos papeles, apareció horas más tarde, en su camerino, narcotizado, atado como un salchichón y medio asfixiado a consecuencia de la cinta adhesiva que tapaba sus labios.

Watzen silbó suavemente.

—Y nadie supo darse cuenta de que él asesino suplantaba a Tom Bow.

—Se parecían tanto… Por otra parte, ¿quién podía suponerlo?

—Uri, ahora, en la pantalla, se ve a Britt con la mano derecha levantada. ¿Te has fijado en el anillo que lleva?

—Sí, es precioso. ¿Por qué lo dices, Dieter?

—¿Se lo regalaste tú?

—Oh, no, en absoluto; ni siquiera me había fijado en el detalle hasta ahora. ¿Qué tiene ese anillo?

—Uri, necesito una copia de los fotogramas en que el brazo de Britt está en movimiento —pidió Watzen.

—¡Has encontrado una pista! —exclamó Korpanov.

—Pudiera ser.

Media hora más tarde, Watzen se disponía a abandonar los estudios de cinc, ahora desiertos y solitarios, a excepción del personal de vigilancia. Su amigo Korpanov le acompañó hasta la salida, en la tarde lluviosa y desapacible.

—Dime algo pronto, por favor —solicitó, gemebundo.

—No me pidas plazos, Uri —sonrió Watzen, mientras se sentaba tras el volante de su «Mercedes».

Recuerda: el dinero no me preocupa. Abonaré sin pestañear la nota de gastos…, ¡pero encuentra al asesino de Britt!

# CAPÍTULO II

El coche rodaba velozmente por la carretera. En su cabeza, Watzen daba vueltas constantemente a cuanto había presenciado en la pantalla. Con la mano derecha, tocó el bolsillo en donde llevaba los fotogramas de cierta fracción de la escena, que tanto había llamado su atención.

Las luces de Hamburgo se veían ya a lo lejos, en la penumbrosa neblina del atardecer, húmedo y lluvioso. De pronto, Watzen vio a alguien que le hacía señas con la mano.

Era una mujer, envuelta en un impermeable oscuro, con la capucha echada. Al lado, fuera de la carretera, se veía parado un coche.

Ella abrió la portezuela.

—Por favor, ¿querría llevarme al aeropuerto? Mi coche se ha averiado y temo llegar tarde…

—Será un placer, señora —sonrió Watzen.

La mujer, joven y hermosa, se sentó a su lado.

—No sé cómo darle las gracias… He hecho señales a una docena de coches, pero ninguno se ha parado…

—Alguno tenía que detenerse, señora.

Ella echó hacia atrás la capucha del impermeable, dejando ver una cabellera negra, brillante, sedosa, muy bien cuidada. El óvalo de su rostro, por el que le calculó unos treinta años, era de una blancura de nieve.

Dentro del coche, la calefacción procuraba un ambiente sumamente agradable. Las raquetas del limpia-vidrios iban y venían monótonamente, permitiendo la fácil visión del conductor.

A poco de sentarse, la pasajera se quitó los guantes.

—Fumaré, si no le importa —dijo.

—Por favor, señora… Oh, dispénseme: he olvidado presentarme. Me llamo Dieter Watzen.

—Yo soy Martha, condesa Von Scheranz —dijo ella—. Encantada, señor Watzen.

El investigador apenas si pudo dominar un gesto de sorpresa.

—¿Ha dicho Von Scheranz, señora?

—Sí. ¿Me conocía usted?

—No había tenido ese placer hasta ahora. Pero su apellido… Lo he oído hace poco y no recuerdo dónde —mintió Watzen.

«¡Qué coincidencia tan extraordinaria!», pensó.

¿No desempeñaba la difunta Britt Neckar el papel de la condesa Von Scheranz?

¿Tratábase, en realidad, de una mera coincidencia o había oído su amigo Korpanov aquel apellido en alguna parte?

—Usted no vive en Hamburgo, señora.

—No, resido en Baviera, en un pequeño pueblecito, entre montañas, a unos setenta kilómetros al este de Bayreuth. Si un día viaja a Kravenstadt, no se olvide de preguntar por mí. Cualquiera podrá indicarle el camino de mi residencia y yo tendré mucho gusto en pagar este favor con una invitación a cenar en mi casa.

—Lo tendré en cuenta, condesa.

Más tarde, Martha se apeó. Al despedirse del investigador, le dio la mano, sin el guante correspondiente.

Bajo los focos de la estación aérea, Watzen divisó un hermoso anillo de oro, con una gran piedra azul, tallada de una forma singular. Cortés y galante, se inclinó para besar aquella mano de mármol, pero en la que la vida latía cálidamente.

—Un día iré a Kravenstadt, condesa —prometió.

Martha le dirigió una intensa mirada, a través de sus espesas pestañas, en las que no había nada que no fuese natural.

—Le recibiré con gran placer —dijo.

Watzen permaneció en el aeropuerto, hasta que vio despegar el avión para Munich, que era el que había tomado Martha. Cuando las luces del aparato desaparecieron en la que ya era negra noche, volvió a su automóvil.

—La más asombrosa y fantástica coincidencia que habría podido imaginarme jamás —soliloquió, mientras hacía girar la llave de contacto.

* * *

En la pantalla, de dos metros de lado, una mano de mujer

aparecía en primerísimo plano, mostrando los menores detalles, incluido el extraño anillo, que tanto había llamado la atención de Watzen, cuando la trágica escena de la muerte de Britt Neckar fue proyectada en los estudios.

Ahora, uno de los fotogramas solicitados estaba en el proyector de diapositivas. Watzen había tomado sendas fotografías de cada uno de aquellos fragmentos de película, ampliándolos al máximo. El resultado de su trabajo estaba a la vista.

En su mano izquierda tenía un vaso, en donde se deshacían, en el *whisky*, dos cubitos de hielo. Un cigarrillo humeaba en la otra mano. Él estaba en pie, a un metro de la pantalla, con la vista obstinadamente fija en el anillo.

La piedra le intrigaba sobremanera. Era una gema de baja calidad, aunque magníficamente tallada. El trabajo del artífice compensaba de sobra el escaso valor de aquel impuro zafiro, de escasa transparencia.

Watzen veía una serpiente, enroscándose en una columna, cruzada en su parte superior por dos espadas o puñales. Como símbolo de un título nobiliario, era un tema altamente raro.

De pronto, llamaron a la puerta.

Extrañado, Watzen volvió la cabeza. No esperaba visitas en aquellos momentos.

Estaba en su estudio. Dejó vaso y cigarrillo sobre una mesa y abandonó la estancia, para, después de cruzar un saloncito, abrir la puerta.

Un hombre alto, delgado, de agradable sonrisa, apareció ante sus ojos.

—Señor Watzen.

—Sí, en efecto.

—Me llamó Schwarz. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

El recién llegado vestía correctamente, con discreción. De pronto, Watzen creyó notar algo conocido en su rostro, aunque, de momento, no supo recordar más detalles.

—Usted debía de estar trabajando, supongo, señor Watzen —sonrió el visitante.

—Hasta cierto punto… ¿Quiere tomar una copa, señor Schwarz?

—Bueno, hay cosas que nunca se deben rechazar.

—Venga, por favor.

Watzen encendió las luces de su estudio y apagó el proyector. Preparó un vaso y lo ofreció a su visitante.

—Si desea sentarse…

—Gracias.

Schwarz paseó la mirada por el interior de la estancia. Luego miró al dueño de la casa.

—Deseo pedirle un favor, señor Watzen —manifestó, después de unos segundos de silencio.

—Si está en mis manos…

—Creo que sí. Por su propio bien, le recomiendo no viaje a Kravenstadt.

Watzen respingó.

—No…, no entiendo —dijo—. Jamás he estado allí…

—Pero dentro de unos días, sentirá la tentación de viajar a esa localidad. No lo haga, se lo recomiendo.

—Me asombra su osadía, pero todavía más el hecho de que crea he de viajar a Kravenstadt, señor Schwarz. No pensaba hacerlo, pero, aunque fuese verdad, ¿cómo podría impedirlo?

—No se lo impediré de ninguna manera. —Schwarz sonrió suavemente—. Todo lo contrario, yo siempre respeto el libre albedrío de los humanos. Cada persona debe ser dueña de sus propias decisiones y, en su caso, atenerse a las consecuencias. Por tanto, si desea viajar a Kravenstadt, hágalo.

—Amigo mío, aquí hay algo que no comprendo muy bien. ¿Por qué no se explica con mayor claridad?

—No hay inconveniente. Hace cuarenta y ocho horas, usted conoció a la condesa Von Scheranz.

—Sí, es cierto —reconoció el joven, atónito.

—Esa mujer es mía, amigo Dieter.

—Oiga, jamás ha cruzado por mi mente la idea de conquistar a la condesa…

—Por favor, deje que termine de explicarme, mi joven e impulsivo amigo. Digo que la condesa es mía, porque ella compró mis servicios hace cuatrocientos años.

Watzen lanzó una estentórea carcajada.

—¡Qué divertido! —exclamó.

—Le guste o no, tiene que creerme. Dieter, yo soy el diablo.

Watzen dejó de reír y miró de hito en hito al visitante.

—No, no estoy loco —añadió Schwarz—. Soy el diablo y dentro de pocos minutos tendrá usted la prueba de lo que digo. Por esa razón, le pido que no moleste a mi «cliente», por llamar de alguna manera la relación que nos une a la condesa y a mí.

—Oiga, cálmese, por favor… No… no se excite…

—Si piensa usar el teléfono, hágalo. Nadie contestará a sus llamadas —dijo Schwarz fríamente.

—Ha cortado la línea —exclamó Watzen, furioso.

—No, sólo he cortado la corriente eléctrica, por medio de mis poderes sobrenaturales. Óigame bien, Dieter. Hace cuatro siglos, la condesa me vendió su alma, para vivir mil años joven y hermosa. Todavía le quedan seis siglos de vida… de modo que no se interponga en su camino.

Watzen se sentía estupefacto. El visitante apuró su vaso y se puso en pie.

De pronto, movió levemente la mano.

El proyector de diapositivas se encendió por sí solo.

Dieter, asustado, retrocedió un paso.

—Un magnífico anillo —dijo Schwarz—. Robarlo fue para esa mujer su perdición.

Watzen guardaba silencio. Schwarz le miró, sonriendo extrañamente.

—Por cierto, usted sólo conoce mi apellido, pero no el nombre. Me llamo Arkangel.

El visitante se encaminó hacia la puerta.

—No olvide mi consejo —se despidió.

* * *

La chica entró y golpeó a Watzen en la espalda.

—¡Despierta, muchacho! —exclamó.

Watzen parpadeó y miró asombrado a su alrededor.

—¡Olga! ¿De dónde sales? —exclamó.

—Hombre, me aburría esperando en la antesala, de modo que decidí entrar —contestó ella—. Por cierto, ¿dónde está tu visitante?

—Se ha ido, Olga.

—No te burles de mí, Dieter. Esta casa sólo tiene una salida. ¿Ha ido al baño, tal vez? ¿O he interrumpido una conversación demasiado confidencial?

—Se ha marchado —insistió él.

—Habrá salido volando —se burló la chica.

Olga Lüssendorf, joven, rubia, desenvuelta, con una espléndida silueta, se acercó al pequeño bar que formaba parte de la decoración y llenó dos copas.

—Anda, bebe —dijo—. Pareces un difunto; estás muy pálido…

Watzen se echó al coleto, de un solo trago, el contenido de la copa.

—También tú estarías pálida sí te hubiese visitado el diablo —contestó.

Olga le miró atónita.

—¿Deliras, Dieter?

—Olga, te aseguro que…

—Una cosa, muchacho. Ese hombre hablaba muy bajo, tanto, que yo sólo podía oír tu voz. A veces, incluso, me parecía que estabas solo… ¿Se enfadará porque haya entrado sin avisar?

—¡Pero si se ha ido!

—Y dale. —El pie de la chica golpeó el suelo—. Mira, si se trata de un asunto importante, me marcharé. Ya volveré en otro momento, Dieter, no te preocupes.

—Espera un momento —pidió él—. Olga, yo también quiero comprobar si mi visitante era, como dijo, el diablo en persona.

Olga Lüssendorf, periodista, meneó la cabeza.

—Estos detectives privados están locos —murmuró.

Watzen no hizo el menor caso del comentario. Encima de una mesa de trabajo, tenía un magnetófono muy sensible, que se ponía en marcha automáticamente en determinadas circunstancias. Watzen lo había hecho funcionar al entrar Schwarz en el estudio.

Su voz se dejó oír de inmediato, a partir del momento en que el visitante se había sentado en el diván. Pasmada, Olga se dio cuenta de que Dieter parecía recitar un monólogo consigo mismo, como si estudiase un papel teatral, en el que faltase la voz de su interlocutor.

—Dieter, ¿estás seguro de que ese cacharro funciona bien? —preguntó, cuando hubo terminado la grabación.

Los carretes de cinta continuaron girando. Segundos después, se oyó la voz de Olga:

—¡Despierta, muchacho!

—¡Olga! ¿De dónde sales?

—Hombre, me aburría esperando…

El diálogo siguió durante un par de frases más, de las pronunciadas por la pareja después de la llegada de Olga. Luego, Watzen paró el magnetófono.

—Tu voz se oye a continuación de la mía, pero eso no sucede cuando hablo yo con Schwarz —dijo—. ¿Por qué?

—¿No habrá borrado él…? —sugirió Olga tímidamente—. Oh, pero eso es imposible; aunque hubiera querido manipular en la grabación, no habría tenido tiempo materialmente. Y. por otra parte, puestos a borrar, ¿por qué no borrar toda la conversación, en lugar de dejar solamente tus frases?

Watzen se acarició pensativamente el mentón.

—Oigo, se me ocurre que…

—¿Qué, Dieter?

—Tal vez, ese hombre sea realmente el diablo.

# CAPÍTULO III

La periodista hizo un gesto de sorpresa.

—Pero, Dieter… Oye, ¿quieres que haga un poco de café? Creo que te sentaría bien. Y a mí también —añadió, con un suspiro.

Watzen levantó una mano.

—Espera —pidió—. En primer lugar, tú no le has visto salir.

—Tal vez te hipnotizó y salió antes de que yo llegase. Claro que entonces tendríamos que pensar en el arreglo de la grabación, cosa que hemos descartado.

—Hipnotizar —dijo él—. ¿Lo parecía yo cuando llegaste?

—Al menos, cuando entré en el estudio. Tenías el aspecto de una estatua. Pero un minuto antes, hablabas con ese tal *herr* Schwarz…

—Olga, ¿recuerdas a qué hora llegaste?

—Pues… eran sobre las cinco de la tarde, minuto más o menos.

Watzen consultó su reloj.

—Ahora son las cinco y media —dijo—. Schwarz hablaba conmigo cuando tú ya estabas en la salita.

—¡Pero no lo he visto salir de casa!

—Aguarda un poco todavía. ¿Estabas sentada?

—Claro.

—Quizá, de pronto, te pareció que tenías sueño.

—He bostezado un poco, pero no he llegado a dormirme, Dieter.

—Acaso fue un minuto solamente y ni te diste cuenta de ello. Pero también te hipnotizó a ti.

—¿Oye?, Dieter, si ese hombre fuese el diablo, ¿no crees que podría haberse hecho invisible, en lugar de hipnotizarme, para que no le viera?

—Es que quizá se hizo invisible, Olga.

—Oh, vamos, vamos, por el amor de Dios…

Un trueno lejano retumbó de pronto. Los cristales de las ventanas vibraron inertemente.

—Va a haber tormenta —pronosticó Olga.

—¿Con el cielo que empieza a despejarse? El barómetro anuncia mejoría —dijo él.

Olga se estremeció. Ella había pronunciado una frase en la que mencionaba el nombre del Creador. El trueno, ¿era la respuesta de Satanás a la invocación que lo hacía alejarse de aquel lugar?

Se pasó una mano por la frente.

—Dieter, tú conseguirás volverme loca con esas fantasías. No niego la existencia del diablo, pero, de ahí a verle como si fuese el tocinero de la esquina o el guardia de tráfico, hay mucha diferencia. Dieter, tú te quedaste dormido y por autosugestión, en una pesadilla, pusiste en marcha el magnetófono y grabaste una supuesta conversación con el diablo. ¿Estamos?

—Aguarda un momento, Olga —dijo él—. Eso que dices es una magnífica posibilidad, pero yo, sigo creyendo firmemente que el diablo me ha visitado.

Ella se sentó y cruzó las piernas, realmente preciosas. Olga sabía que las tenía bonitas y le gustaba lucirlas, llevando faldas muy cortas, aunque no desdeñaba el uso de pantalones con frecuencia.

—Bien, explícate —dijo, a la voz que alargaba la mano hacia la cigarrera.

—En primer lugar, Schwarz me ha hablado de Kravenstadt, prohibiéndome, además, que fuese a esa localidad. Bueno, no me lo ha prohibido; mencionó la doctrina del libre albedrío, ¿comprendes?

—Lo que quiere decir que no debes ir a Kravenstadt.

—Exactamente, ése fue el sentido de sus palabras. ¡Pero yo no había mencionado Kravenstadt para nada!

—Tal vez se enteró por otro…

—Eres la primera persona a quien menciono Kravenstadt. Olga, hace cuarenta y ocho horas…

Watzen relató su encuentro con la condesa Von Scheranz. Al terminar. Olga le miró pasmada.

—¿Seguro que no has mencionado a nadie más ese encuentro? —inquirió.

—Absolutamente, Olga. Y Schwarz lo sabía y por eso vino a advertirme de que no viajara a Kravenstadt.

—Parece fantástico, aunque me inclino a creerte. —Olga se

santiguó rápidamente—. Dios mío, me parece mentira estar en una habitación donde el diablo ha permanecido hace sólo unos minutos…

Un segundo trueno sonó a lo lejos. Una copa tintineó con fuerza primero y luego se rompió con musical chasquido.

Olga lanzó un grito, se puso en pie y corrió a refugiarse en los brazos del joven.

—¡Todavía está aquí! —exclamó.

—No, se ha ido, pero nos oye. Olga, ese hombre que me visitó era el diablo en persona, el dueño de Martha von Scheranz.

Ella le miró, todavía colgada de su cuello.

—E… el diablo —repitió.

—Sí. No te he dicho su nombre todavía, ¿verdad?

—Schwarz.

—El nombre, no el apellido. Se llama Arkangel Schwarz… «El Arcángel Negro», Olga.

Los ojos de la chica se cerraron un momento.

—El Arcángel Negro —repitió—. Sí, es la traducción de ese nombre al lenguaje vulgar… y no podemos olvidar que el diablo, Luzbel, se rebeló contra Dios y fue lanzado a lo más profundo de las tinieblas, después de una gran batalla con los demás arcángeles, Miguel, Gabriel, y los ángeles…

—Exacto, Olga —confirmó él.

—Voy a hacer café. Ahora yo también lo necesito.

Olga se marchó a la cocina, para volver a los pocos minutos, con una bandeja en las manos. Cuando llegó, Watzen tenía la vista fija en la pantalla, en donde de nuevo había proyectado la imagen de la mano de Britt Neckar, con su fantástico anillo.

—Dieter, ¿tiene ese anillo alguna relación con la muerte de esa pobre artista? —dijo, mientras llenaba las tazas.

—Preciosa, la pregunta correcta, creo, es: ¿Tiene alguna relación Arkangel Schwarz con la muerte de Britt Neckar?

—Pero ¿qué relación podía tener esa chica con la condesa?

—La sortija, Olga.

Sobrevino un Instante de silencio. De pronto, Watzen pareció recordar un detalle.

—Espera —pidió.

Buscó algo y trasteó un par de minutos. Al cabo, un proyector

cinematográfico quedó situado frente a la pantalla.

—Además de los fotogramas de la mano, Korpanov me dio una copia íntegra de la secuencia de la muerte de Britt —dijo.

—Debió de ser horripilante —murmuró Olga.

El proyector se puso en marcha. Watzen y su bella visitante contemplaron la escena del suplicio de la supuesta condesa Von Scheranz.

La cuchilla cayó. Olga volvió la vista a un lado, para no contemplar aquel espeluznante acto. Lo que debía haber sido un truco, se había convertido en la más horrenda realidad.

—Voy a repetirlo de nuevo —dijo él—. Quiero que te fijes en una cosa.

—Me esforzaré… Dieter, soy periodista y he visto cosas horribles, pero esto supera a todo…

Watzen rebobinó la película y la proyectó nuevamente a continuación. De pronto, paró el proyector.

—¡Mira! —exclamó, muy excitado—. El conde debía estar ahí, manipulando en la palanca que hacía descender la cuchilla. ¡Pero la palanca se ha movido sola!

—Re… repite la escena, Dieter —pidió Olga.

Watzen lo hizo así. En ninguno de los fotogramas aparecía la imagen del conde.

—Yo lo vi, en la película que mi amigo proyectó en su sala privada —dijo—. ¿Por qué no aparece aquí, en este trozo de film, que ha sido positivado con el mismo negativo?

—Dieter, voy a darte un consejo. —Olga señaló el teléfono—. Habla con Korpanov y dile que vas a ver la película de nuevo, allí, en sus estudios.

—Sí, es una buena idea.

Watzen se acercó al teléfono. De pronto, pareció recordar algo.

—Olga, ¿cómo has sabido que Korpanov me encargó investigar la muerte de Britt?

Ella hizo un delicioso mohín.

—Aunque sea mujer, estoy habituada a pensar —contestó—. La Policía no ha conseguido nada y yo sabía que Korpanov, aparte de la amistad que hay entre ambos, te ha encargado algunas investigaciones.

—«Elemental, querido Watson» —recitó Watzen, riendo.

Y levantó el teléfono.

Momentos después, se volvía hacia su visitante.

—Mi amigo sale ahora para los estudios —anunció—. Nos espera allí.

Olga se puso en pie.

—Entonces, vamos —exclamó. Se santiguó de nuevo—. ¡Y que Dios nos proteja de las asechanzas del Maligno!

De nuevo se oyó un trueno. La pantalla de proyecciones cayó bruscamente al suelo, junto con el trípode que la sostenía. Watzen y Olga cambiaron una mirada.

—No hay duda —murmuró ella—. El diablo ha estado aquí.

* * *

El hombre se deslizó por los escenarios, sigilosamente, sin hacer el menor ruido, en dirección, a los camerinos, hasta que alcanzó una puerta, en la que había, bajo una estrella de plata, un nombre de mujer: BRITT NECKAR.

Reinaba un silencio absoluto en los estudios. Un poco más allá, estaban los fingidos subterráneos del castillo, en los que se había reproducido una supuesta cámara de tortura medieval. El potro, las tablas con agudos pinchos, los látigos con bolas de clavos, las cuerdas y los hierros que se ponían en el fuego, abundaban por todas partes.

También había un tajo y su hacha correspondiente. El tajo era un gran tronco de madera con dos anillas de hierro a los lados.

Durante unos segundos, el hombre permaneció escuchando. Luego, visto que el silencio no se rompía, abrió la puerta del camerino.

La luz se encendió antes de que él la tocase. Oskar Keller ahogó un grito de espanto.

—Te aguardaba —dijo el hombre que había en el interior de la estancia.

—¿Qui… quién es usted? —preguntó Keller, ahogadamente.

El hombre sonrió. En su mano derecha había una libreta de tapas negras.

—Has venido a buscar esto —dijo.

—Sí… Démelo…

La libreta se inflamó de súbito, con brusca llamarada, que duró solamente unos segundos. Keller, pasmado, vio aquella mano

envuelta en fuego, sin que su dueño pareciese sufrir el dolor de las quemaduras.

—No divulgarás el secreto de Britt Neckar —dijo el hombre.

—Callaré…

No es suficiente. ¡Media vuelta!

Una fuerza irresistible se apoderó de Keller, forzándole a obedecer la orden.

—Camina.

Keller echó a andar. Momentos después, se encontraba en la falsa cámara de tortura.

De pronto, el hombre se arrojó sobre él y le obligó a arrodillarse sobre el tajo. Con rápidos y precisos movimientos, ató sus manos a las anillas de hierro. La cabeza de Keller quedó apoyada de lado sobre la madera.

—¿Qué…, qué va a hacer conmigo? —preguntó—. E… esto es una broma, ¿verdad?

—No, no es ninguna broma.

El hacha se alzó, relampagueando siniestramente. Keller vio el brillo del metal y empezó a chillar cuando el hacha inició su mortífero descenso.

El grito de Keller duró escasas fracciones de segundo.

# CAPÍTULO IV

El vigilante de la entrada de los estudios recibió a los visitantes. Watzen se identificó en el acto.

—Pasen, el señor Korpanov les aguarda en la sala privada de proyección —dijo—. Creo que usted conoce el camino, señor Watzen.

—Sí, gracias.

El «Mercedes» franqueó la puerta, que se cerró al momento. Luego, el vigilante volvió a su garita encristalada, en la que reinaba un ambiente sumamente agradable, y se enfrascó de nuevo en la apasionante lectura de una novela de terror.

Korpanov salió a recibir a su amigo y torció el gesto al ver a Olga.

—¿Por qué la has traído? —preguntó.

—Es muy buena amiga mía y te tratará bien en su revista —contestó el joven.

Sólo diré la verdad, señor Korpanov —terció Olga—. Estimo que usted no es culpable en absoluto de lo sucedido. Al contrario, creo que le conviene la colaboración de la prensa.

—Vaya, ya era hora de que me encontrase con una periodista amable. Debe de ser un mirlo blanco de la profesión —comentó Korpanov irónicamente.

—Siempre hay excepciones. Uri. Anda, vamos —dijo Watzen, a la vez que empujaba a su amigo hacia el interior del edificio.

Entraron en la sala.

—¡Hans! ¡Cuándo quiera! —ordenó el productor.

Las luces se apagaron y la pantalla se iluminó. Nuevamente se reprodujo la escena de la muerte de Britt Neckar.

—¿Y bien? —dijo Korpanov, después de la proyección.

—Uri, ¿tienes más escenas filmadas, en las que aparezca Tom Bow?

—Por supuesto, Dieter.

—Dile a Hans que las pase todas, por favor.

—Está bien.

Watzen repartió cigarrillos. El operador reanudó su trabajo.

Durante un buen rato, contemplaron la proyección de distintos fragmentos de una película prácticamente terminada. Watzen se asombró del notable parecido entre Tom Bow, el actor que desempeñaba el papel de conde Von Scheranz, y Arkangel Schwarz.

El conde ató a su infiel esposa al altar. Se le vio luego manejar un molinete que hacía ascender la terrorífica cuchilla. La escena se interrumpió en este momento.

—Aquí se interrumpió la sesión de trabajo, hasta el día siguiente —explicó el productor-director—. La escena que sigue es la de la muerte de Britt.

—Uri, dile a Hans que pare apenas salga olla en pantalla.

—Está bien.

La imagen se detuvo. Watzen estudió la pantalla.

—¡Siga, Hans! —ordenó.

A los pocos segundos, exclamó:

—¡Alto!

Watzen se puso en pie y caminó hasta las inmediaciones de la pantalla. Luego se volvió para mirar a su amigo, con el brazo derecho en alto.

—Uri, ¿por qué no está aquí el conde? —preguntó.

Korpanov parecía desconcertado.

—Tenía que aparecer… salió en la primera copia…

—¿Cuántos negativos hay?

—Uno solo. Empleábamos una sola cámara…

—¿No se te ocurrió emplear la técnica de la televisión, con varias cámaras actuando al mismo tiempo, para seleccionar luego las escenas más adecuadas?

—Lo he hecho en otras secuencias. En ésta, me pareció suficiente una sola cámara. Pero ¿quién ha retocado el negativo? Tom Bow no aparece ni una sola vez…

—Uri, ¿ya no recuerdas que, durante la filmación de esta escena, Bow estaba atado en su camerino?

—Entonces, ¿quién demonios tomó su puesto, por qué no se ve y por qué la palanca se mueve sola? —gritó Korpanov.

Olga permanecía silenciosa. Era a Dieter a quien correspondía dar las respuestas adecuadas.

—Uri, tú estabas cuando se filmaba la escena —dijo el joven.

—Sí, y por todos los diablos, vi al actor que hacía de conde, moviéndose de acuerdo con el guión… ¡Pero ahora no aparece en imagen! ¿Qué rayos sucede, Dieter?

—¿Se veía al conde en la primera proyección?

—Por supuesto, y también en la copia que se llevó la policía. ¿No se ve en tu copia, Dieter?

—No. ¡Hans, ya es bastante!

—Sí, señor —contestó el operador.

Las luces de la sala se encendieron. Korpanov miró angustiado a su amigo.

—Dieter, ¿qué pasa aquí? —preguntó.

Watzen tenía un cigarrillo en los labios. Después de encenderlo, miró fijamente al cineasta.

—Tengo que pedirte un favor —dijo.

—Si, Dieter, lo que quieras…

—Envíame a casa el *currículum vitae* de Britt Neckar… el auténtico, no el de publicidad de la productora, ¿estamos?

—Tengo todos los datos en mis oficinas, pero ya sabes que el edificio de la productora está en Altstadsterstrasse. Si quieres, puedo facilitarte algunos detalles de memoria.

—Mejor un informe detallado. Gracias por tu ayuda, Uri.

—Este asunto va a acabar conmigo —gimió Korpanov—. Si no se aclara pronto…

De pronto, se abrió la puerta de la sala.

—¡Señor Korpanov!

Watzen se volvió.

—Dígame, Erwin. —Era el vigilante de la entrada.

—Tengo un mensaje telefónico para el señor Keller…

—Keller no está aquí —contestó el cineasta, sorprendido.

—Perdón, señor Korpanov, pero vino hará cosa de un par de horas, antes que ustedes, y no ha salido todavía. Su coche está cerca de la entrada; yo lo tengo a la vista.

—¿Keller está en los estudios?

—Sí, señor.

—Pero, si no le hemos visto…

—¿Quién es Keller, Uri? —preguntó Watzen.

—Uno de los guionistas —respondió Korpanov—. Un hombre todavía joven y muy inteligente. Bebía los vientos por la pobre Britt… Para él, fue un golpe muy duro…

—¿Acostumbraba a venir a los estudios a estas horas?

Normalmente, no, salvo que hubiese sesión de trabajo. Pero ahora tengo en descanso a toda la compañía…

—Señor Korpanov —intervino el vigilante—. ¿Qué le digo a la persona que llama al señor Keller?

—Tome su nombre y dígale que ya le llamará él.

—Sí, señor.

—Es raro —musitó Korpanov—. ¿A qué demonios habrá tenido que venir ese hombre a los estudios?

—Tal vez a llorar la pérdida de su amor, y no es una frase hecha —dijo Olga.

—¿Tenía Keller una oficina aquí? —preguntó Watzen.

—No. En todo caso, hacía correcciones a mano… Él trabajaba en su casa —respondió el productor.

Watzen entornó los ojos.

—Si estaba enamorado de Britt, tal vez sepa algo que pueda conducimos a la identificación de su asesino —dijo—. Vamos a ver si lo encontramos en los estudios.

—Sí, como quieras. ¡Hans, ya puede marcharse a casa!

—Gracias, señor Korpanov —contestó el operador.

Korpanov guió a sus huéspedes hasta la entrada del *plateau*, que figuraba el subterráneo del castillo. Manejó unos cuantos interruptores y el ambiente se llenó de luz.

Olga lanzó un atroz chillido. Watzen se quedó con la boca abierta.

—¡Dios mío! —musitó Korpanov.

La chica cayó hacia atrás. Por suerte para ella, Watzen estaba lo suficientemente cerca, para impedir que chocase contra el suelo.

Mientras sostenía a Olga, desmayada, Watzen contempló aquella horripilante escena. Keller estaba arrodillado junto al tajo, con las manos atadas a las anillas.

En su cuerpo, faltaba la cabeza, que yacía de lado a unos pasos de distancia, en medio de un lago de sangre seca. Los ojos de Keller se habían petrificado en una última mueca de insuperable horror.

Korpanov se tapó la cara con las manos.

—Mi ruina, mi ruina —gimió.

* * *

Olga entró en el estudio y vio a Watzen sentado en un butacón, frente a la pantalla, con un vaso en la mano. La chica contempló unos instantes la imagen proyectada y luego se acercó al bar.

—Me serviré un trago, Dieter —murmuró.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él, sin abandonar su postura.

—Bien. ¿Y tú?

—Imagínate. ¿Has podido dormir bien esta noche?

—El médico me prescribió una buena dosis de sedante. Lo necesitaba, Dieter.

—Sí, me lo figuro.

—¿Has dormido tú?

—Un poco. ¿Sabes?, estoy pensando en ir a Kravenstadt.

—¿Qué piensas encontrar allí, Dieter?

—Hace cuatro semanas, Britt y Keller hicieron una escapada juntos. Según parece, a pasar allí el fin de semana. A Korpanov le supo muy mal.

—¿Por qué?

—Keller podía ser un buen guionista y un tipo simpático, pero Korpanov tenía otros planes para Britt.

No quería líos amorosos para ella, ¿eh?

—Así es.

—¿Celos?

—Oh, no, Uri es un hombre muy sensato y ponderado, cosa rara entre las gentes de su profesión. Tal vez por eso no ha progresado demasiado… pero si hay algo de lo que no se puede dudar es de su buena fe.

—¿Por qué no convenía Keller a Britt?

Uri tiene buen olfato. Britt podía ser «su» estrella.

—Creo que entiendo. Dieter, ¿no habrá un tercer hombre?

—¿Un enamorado de Britt, celoso del guionista?

—Pudiera ser, ¿no crees?

—Ya he pensado en ello, pero Uri no sabe darme una pista.

—Claro que, bien mirado, un tipo celoso hubiese matado a Keller de un garrotazo, a tiros… pero no de esa forma tan

espectacular.

—Britt murió también espectacularmente, Olga.

—Eso sí es cierto —reconoció la chica—. En todo caso, parece como si estuviéramos ante una venganza refinadísima. El enamorado que no consigue atraer hacia sí la atención de la dama de sus sueños y que, celoso y despechado, asesina a ésta primero y luego a su rival. ¿Eh, qué te parece?

—En apariencia, lógico, pero ¿qué hacia Keller en los estudios?

—Tal vez buscaba un recuerdo de su amada, Dieter. ¿Qué dice el vigilante?

—Nada. Keller iba a veces, hubiera o no gente, y estudiaba los decorados, a fin de introducir modificaciones en el guión, si resultaba preciso. En otras ocasiones, formulaba objeciones sobre la decoración… Una visita perfectamente admisible, Olga.

Ella suspiró.

—Entonces, estamos igual que estábamos —dijo.

Watzen hizo un gesto.

—La solución está en Kravenstadt —murmuró.

—¿Irás allí?

—Sí.

—¿A pesar de la advertencia de Arkangel Schwarz?

—Sí.

—Lleva alguna protección, Dieter.

—Ya había pensado en ello, Olga.

Watzen se puso en pie.

—La sortija —dijo, señalando hacia la pantalla—. Ése es otro de los puntos oscuros de este asunto.

—Dieter, ¿qué interés puede tener esa joya?

—No lo sé, pero es quizá la clave. Sobre todo, si pensamos en el detalle significativo que es saber que Britt fue enterrada sin la sortija.

—¿Qué? —exclamó ella.

—Lo que oyes. He indagado a fondo. La sortija ya no estaba en la mano de Britt cuando su cuerpo, partido en dos, fue retirado por los sanitarios de la ambulancia que se lo llevó a la Morgue.

—¡Cielos! —Murmuró Olga—. Pero ¿cómo pudiste sentirte atraído por esa joya?

—Es bien sencillo. Recuerda que, según el guión, la condesa era

asesinada por su esposo. Korpanov es muy meticuloso en sus detalles. Una mujer condenada a muerte por su marido celoso, en este argumento, no muere con joyas sobre sí. El anillo parece ser una joya de la familia y el conde no iba a dejar que su esposa continuara llevándolas, ni aun en el momento de la muerte, ¿verdad?

—Pero Britt tenía puesto el anillo durante la filmación de la escena.

—A Korpanov le pasó por alto el detalle. Cuando se lo hice observar, me dijo que, de haber vivido Britt, hubiera repetido íntegra la escena, sin el anillo. Entonces no lo vio, créeme, hubiera notado ese detalle al contemplar la proyección de la escena en su sala privada.

—Y la sortija ha desaparecido y… ¿Qué sabe Korpanov de esa joya, Dieter?

Watzen se sirvió una copa y se la entregó a su visitante.

—Nada —contestó—. Sobre el anillo, Korpanov está tan ignorante como tú y yo.

Tomó un sorbo.

—Pero Korpanov, al menos, tiene una ventaja sobre nosotros —añadió.

—¿Sí? ¿Cuál es, Dieter?

—Él no ha visto al diablo.

—Yo tampoco.

—Yo, sí; y te juro que no lo soñé, Olga.

La chica se mordió ligeramente los labios.

—Dieter, la época en que vivimos no es ciertamente la más apropiada para creer en viejas leyendas y… y no es que yo sea una mujer muy religiosa, pero tampoco soy atea. Ahora empiezo a creer de veras que viste al diablo.

Olga se santiguó.

El día estaba claro, limpio, sin una sola nube. Un trueno retumbó fragorosamente a lo lejos.

En la ventana, se rompió un cristal. Watzen observó pensativamente las señales.

—Una muestra de la cólera de Arkangel Schwarz —dijo.

# CAPÍTULO V

El «Mercedes» se detuvo ante la puerta del hotel, edificado con el estilo típico de Baviera y en cuya muestra campeaba un animal, pintado de brillante purpurina de plata. El Albergue de la Corza de Plata le pareció a Watzen un sitio excelente para alojarse durante su estancia en Kravenstadt.

Un hombre, robusto, sanguíneo, con sombrero tirolés, salió prestamente del edificio y, tras saludar cortésmente al forastero, se dispuso a tomar su equipaje.

—Mi nombre es Danni, señor —se presentó—. ¿Puedo preguntar al señor si pasará muchos días en el albergue?

—No depende de mí —contestó Watzen—. Pero creo que estaré, al menos, una semana.

—Bien, señor. Le daré una de las mejores habitaciones, con vistas al mejor paisaje que se puede divisar desde aquí.

—Gracias, Danni.

Watzen firmó en el libro y luego fue guiado a su habitación por el obsequioso conserje.

—Si el señor no tiene inconveniente, yo me encargaré de guardar su coche en el garaje. Está detrás del albergue y la puerta permanece siempre abierta, con objeto de que los señores huéspedes puedan usar su vehículo siempre que lo deseen.

—No faltaría más —sonrió el forastero.

Danni se guardó las llaves del «Mercedes», junto con un billete de cinco marcos.

—Mil gracias, señor Watzen.

Al quedarse solo, Watzen se quitó la chaqueta. Aunque la primavera estaba en todo su esplendor, la temperatura era todavía fresca en aquella región bávara. La calefacción prestaba a la estancia un ambiente muy agradable.

Los muebles eran sólidos, de madera barnizada, lo mismo que el

pavimento. El dormitorio tenía un atractivo aspecto campesino antiguo, con las comodidades de la época actual. El cuarto de baño era perfecto.

Al cabo de unos minutos, Watzen se sentó en una butaca, junto a la ventana. Danni había tenido razón; el paisaje era maravilloso.

Pero lo más atractivo de todo, para él, cuando menos, era el edificio que se divisaba a poco más de un kilómetro, sobre la cumbre de una colina de no demasiada altura, que sobresalía en la pequeña llanura que era el fondo del valle montañoso. Aquél era Schónhügel, el castillo donde residía la condesa Martha von Scheranz.

Al cabo de unos minutos, buscó en su maleta un cuaderno y volvió a sentarse. Durante un rato, repasó con profunda atención las notas que había tomado respecto al caso. Generalmente, usaba el magnetófono, cuando atendía a la clientela, pero en ocasiones, como la presente, la libreta de anotaciones resultaba una herramienta muy útil en su profesión.

De pronto, el sonido de unos nudillos le sacó de la abstracción en que había caído durante un tiempo que ahora no sabía precisar.

—¡Adelante!

La puerta se abrió. Una mujer entró, portadora de una bandeja.

Watzen se puso instantáneamente en pie. Ella sonrió.

—¿Cómo está, señor Watzen? —saludó—. Soy Hilda Schmidt, propietaria del hotel. Lamento no haber estado presente a su llegada, pero había tenido que salir… Me he permitido traerle botellas y copas, por si en cualquier momento tiene deseos de tomar un trago, sin necesidad de esperar a que se lo suban del bar.

—Es usted muy amable, señorita…

—Perdón, señora Schmidt —corrigió ella, sonriendo Atractivamente.

Era una mujer joven, que todavía no había cumplido los treinta años, de buena estatura y contornos generosos, que se advertían bajo el sencillo vestido
azul-gris
que llevaba puesto. Los ojos eran intensamente azules y el pelo, muy rubio, casi blanco, estaba peinado con mucho arte.

—Danni me ha dicho que piensa estar aquí una semana, señor Watzen —habló ella, tras una corta pausa.

—Es muy probable, señora. Una… cierta amistad me recomendó este pueblo y he venido a tomarme unos días de descanso.

—Tal vete se aburra; las diversiones en Kravenstadt son más bien escasas, pero de lo que no hay duda es que descansará.

—Sí, eso espero. Perdón, señora Schmidt, ¿cómo se llama ese castillo que se ve a poco más de un kilómetro?

—Schónhügel. Pertenece a la condesa Von Scheranz.

—Oh, Schónhügel… Cerro Bonito —murmuró Watzen—. El nombre le cuadra.

—Al menos, en el aspecto externo. En otros aspectos, Schónhügel ya no se merece tanto el nombre.

—Alguna leyenda tenebrosa.

Sí. Encantada, señor Watzen.

Ha sido un placer, señora Schmidt.

La dueña del hotel se marchó. Watzen aspiró el sutil perfume que había quedado como huella de la presencia de una hermosa mujer en la estancia.

Perturbadoramente hermosa, pensó. Si había un hombre afortunado en el mundo, ése ora el señor Schmidt.

Más tarde. Danni le consultó por teléfono si prefería la cena en la habitación o en el comedor. Watzen respondió que bajaría al comedor.

* * *

Cuando salía de su habitación, oyó abajo, en recepción, una voz destemplada.

—Te digo que no vuelvo más allí —decía un hombre, encolerizado—. El diablo vive en Schónhügel, Danni.

—Estás loco, Wolf Hauser —respondió el conserje—. Eso que dices es una fábula que no sirve siquiera para asustar a los niños de pecho.

—Como quieras, pero no pienso volver allí. Es más, yo pienso que la condesa es el propio demonio.

Sonó una risita.

—El aguardiente de cerezas te hace ver visiones. Wolf —dijo Danni—. Pero te daré otra copita…

—No, gracias, no tengo ganas de beber con un incrédulo. Adiós.

Watzen oyó un portazo. El colérico visitante había salido.

Entonces, reanudó el descenso. Watzen se dio cuenta de que el

áspero diálogo había tenido lugar en el pequeño bar contiguo a la recepción.

—Buenas noches, señor Watzen —saludó el conserje—. Por aquí, hágame el favor.

Danni abrió obsequiosamente la puerta del comedor. Una camarera de mediana edad servía la cena a una pareja, con todo el aspecto de recién casados en luna de miel.

Watzen se sentó a una mesa. El comedor no era demasiado grande, aunque sí decorado con buen gusto. A los pocos minutos, la camarera llenó su plato con una sopa de aspecto muy apetitoso.

Los recién casados hablaban en voz baja. De pronto, Watzen se dio cuenta de que ella, una joven de cabellos oscuros y lacios, muy delgada, parecía enfadada con su esposo.

—Te digo que no debes ir allí, Sepp —oyó Watzen—. Yo creo en las leyendas, ¿sabes?

—Pero, Flori, querida, necesito investigar en la biblioteca… He de acabar mi tesis doctoral. Son unos datos imprescindibles y tengo que encontrarlos, ¿comprendes?

—Está bien, está bien, si tanto insistes… pero quiero que estés de vuelta antes de que se haga de noche, ¿me oyes?

El joven rió fuertemente.

—¿Piensas que hay vampiros en Schónhügel, querida?

—Los vampiros son criaturas del diablo, Sepp. Y el diablo en persona es el dueño de Schónhügel. Mejor dicho, una diablesa…

—Pero, vamos a ver, ¿quién te ha contado a ti semejante historia?

—Habló con la camarera, mientras tú estacionabas el coche. No me dijo demasiado, pero si la verdad.

—Y has creído en el acto a una mujer a quien acabas de conocer, ¿verdad?

—Sepp, tú sabes muy bien que te he acompañado a disgusto. Mi madre nació cerca de Kravenstadt. Cuando era una niña, ya había oído esa leyenda, ¿comprendes?

—Bah, tonterías, consejas de viejas —dijo el joven despectivamente—. Anda, «cáscale» a ese muslo de oca, tiene un aspecto riquísimo.

—¿Quieres convertirme en una vaca, Sepp?

—Mujer, estás transparente. Unos kilos de más te sentarían muy

bien, palabra.

—A ti lo que te gustan son las gordas, no disimules…

Watzen ocultó una sonrisa. Si aquello era un matrimonio en luna de miel… Compadeció al llamante marido.

Hilda vino más tarde y le preguntó si le había agradado la cena. Watzen contestó que en su vida había comido mejor guisado de oca.

—Si el elogio es sincero, muchas gracias.

Watzen se puso una mano en el pecho.

—Un estómago agradecido jamás miente, señora —contestó.

Hilda rió suavemente.

—Gracias de nuevo. Buenas noches.

—Buenas noches, señora Schmidt.

Watzen contempló a la hermosa mujer mientras se alejaba. Opulenta, pero con un talle esbelto y cimbreante. Muy, muy atractiva, pensó.

Estuvo un rato en el bar, sentado junto a la chimenea, tomando una copa de *brandy* a pequeños sorbitos, mientras contemplaba las llamas que consumían los troncos. Poco después de las diez de la noche, subió a su habitación y se quitó la chaqueta.

De pronto, sonó el teléfono.

Watzen contempló el repiqueteante aparato.

—No será Schwarz —murmuró.

Levantó el teléfono. Una voz femenina, agradablemente modulada, llegó a su oído:

—¿Señor Watzen? Soy Martha von Scheranz. ¿Cómo está usted?

—¡Condesa! —Exclamó el Joven—. Es una enorme sorpresa…

—¿De veras? —rió ella—. Sé que está en Kravenstadt. Recuerde mi invitación.

—Pero ¿cómo se ha enterado de mi llegada, condesa?

—Me lo han dicho. ¿Mañana, a las siete?

—Oh, sí, por supuesto, condesa. Seré puntual, se lo prometo.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Watzen respiró, aliviado. Colgó el teléfono y dio un par de zapatetas en el aire.

Era un comienzo muy prometedor. Ya no tendría que buscar subterfugios para ir a Schónhügel.

Se cambió de ropa muy pronto. Fue al baño a lavarse los

dientes. Al salir, se encontró que tenía una visita.

* * *

Arkangel Schwarz estaba sentado en un butacón, con las piernas cruzadas. Tenía en la mano izquierda, calentándola, una copa balón con un dedo de coñac y en la derecha un aromático habano.

—¡Hola, Dieter! —sonrió el visitante.

Watzen procuró rehacerse de la sorpresa.

—¿Qué hace aquí, señor Schwarz? —preguntó.

—¿Por qué no empleas mi nombre? Los tratamientos, en ocasiones, resultan inconvenientes. Anda, sírvete una copa, Dieter.

—Está bien, Arkangel. La verdad, no esperaba verte por ahí.

—¿Por qué no? Ya te hice una advertencia, aunque veo que no la has tomado en consideración.

Watzen contempló al trasluz el líquido que acababa de poner en su copa.

—¿De verdad eres el diablo? —preguntó.

—¿Lo dudas?

—Dame una prueba, por favor.

—Eres un incrédulo, Dieter. ¿No has repasado la grabación de tu cinta? ¿No has proyectado una y otra vez la secuencia cinematográfica? ¿Has vuelto a oír mi voz o contemplado mi imagen?

—Y, además, en ocasiones, te enfadabas y hacías mucho ruido. Incluso rompías copas o cristales…

Schwarz se echó a reír.

—Me enfadaba un poco, en efecto, aunque no demasiado. Tendrías que verme furioso de veras…, no, no, será mejor que no me veas en una situación de cólera absoluta. Un humano no podría resistir mi aspecto.

A decir verdad, ahora eres casi simpático. Arkangel, dime, ¿mataste tú a Britt Neckar y a Oskar Keller?

Schwarz hizo un gesto de asentimiento.

—¿Por qué? —preguntó Watzen.

—No te lo diré. Ciertamente, tú no tienes nada que ver con esas muertes ni con las causas que las provocaron, pero me gustaría que te sirvieran de ejemplo.

—Arkangel, no imagino en absoluto en qué puedo molestarte yo. Si eres el autor de esas muertes, un tribunal humano jamás podrá

castigarte. Mucho menos, ningún hombre podrá arrestarte.

—No me conviene que sigas adelante, Dieter.

—Lo siento.

Watzen tomó un sorbo de coñac. Luego sacó un cigarrillo.

Al ponérselo en la boca, ya estaba encendido.

—Tú sí que serias el mechero eterno —sonrió.

—Ardo en el fuego eterno —dijo Schwarz.

—Por tu soberbia.

—Eso pasó hace incontables eones de tiempo, cuando las galaxias eran apenas un puñado de gases invisibles e impalpables en el universo. Volvamos a la realidad actual, Dieter.

—Sí, será mejor.

—No sigas adelante…

—Perdona un momento, Arkangel.

—¿Quieres algo?

—Sí. Tú dices ser el demonio.

—Lo soy —contestó Schwarz con una perceptible nota de orgullo en su voz.

—Bien, pero tienes un aspecto completamente actual…

Schwarz soltó una fuerte risa.

—Hombre, cuando me presento a los mortales, adopto siempre la indumentaria de la época. No voy a andar por ahí vestido con jubón, gorguera, calzas acuchilladas, medias, botas altas, y una espada al cinto, por ejemplo.

—Sí, claro, y dentro de un siglo, irás vestido de astronauta —rió el joven—. Pero también veo que te gusta el coñac y el buen tabaco.

—En estos momentos, soy carnal.

—Ya. Me pregunto qué pasaría si te asestase un botellazo en lo alto del cráneo.

—¿Por qué no lo intentas?

Watzen agarró la botella, pero, de pronto, miró la etiqueta y volvió a dejarla en su sitio.

—Es un coñac demasiado bueno —sonrió.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que yo lo he mejorado.

—¿Cómo?

—La hotelera es un poco tramposa.

—Vaya, quién lo dijera.

—Hace mezclas con otros caldos baratos. Yo he «reparado» ese

coñac y, además, le he puesto treinta años encima.

—Arkangel, eres un tipo estupendo. Casi me inspiras simpatía.

—Gracias. —Schwarz se puso en pie—. Gracias por tus palabras. Tú también me caes simpático. No sigas adelante.

—Lo siento. Estoy ayudando a un amigo.

—Pero ¿quién te creería si dijeras la verdad?

Watzen sonrió.

—Las espadas están en alto —contestó.

Un suspiro brotó de los delgados labios de Schwarz.

—Vas a ser mi perdición —dijo.

—¿Por qué no me impides…?

—No puedo influir en el libre albedrío humano, Dieter.

—En eso sí que mientes, Arkangel. Es decir, si admites ser el autor de dos muertes. Porque, me imagino, Britt y Oskar querían vivir.

Schwarz se puso serio de pronto.

—Algún día comprenderás por qué los maté —dijo.

De pronto, agitó la mano y chasqueó los dedos.

Dieter se quedó solo en la estancia.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Entre!

Envuelta en un atractivo peinador, Hilda se hizo visible.

—Perdón, señor Watzen, pero me pareció oírle hablar con alguien —dijo.

—¿Yo? —Sonrió el huésped—. Temo que está equivocada, señora Schmidt.

La mirada de Hilda se paseó por la estancia.

—Sí, debo de estar equivocada —admitió—. Perdóneme, señor Watzen.

—Tal vez oyó las voces de ese matrimonio joven. Discutieron mucho durante la cena. La verdad, no parecían estar en una luna de miel.

—Los Jóvenes no saben apreciar ciertas cosas —dijo ella, maliciosa—. Y la señora Wegener es una chiquilla todavía.

—Sí, salta a la vista.

—Dispénseme otra vez. Buenas noches, señor Watzen.

—Buenas noches, señora Schmidt.

La puerta se cerró. Entonces, Watzen, asombrado, se percató de

un extraño detalle.

La copa que había visto en la mano de Schwarz aparecía limpia y en su sitio. No había el menor rastro de cigarro habano, como tampoco ceniza en el cenicero de pie situado junto al butacón.

Aspiró el aire con fuerza. No había olor a tabaco caro, sino, solamente, aquel débil y agradable perfume que utilizaba la hermosa señora Schmidt.

# CAPÍTULO VI

El coche se detuvo frente a la portalada de acceso al castillo, no demasiado grande, en comparación con otros que había visto Watzen. El edificio, de sólida mampostería, aparecía muy bien cuidado, con dos pequeñas torres flanqueando la entrada. Otra torre, algo mayor, aparecía en el ángulo este. El resto era tejado de pizarra, de cuatro caras muy inclinadas, con buhardillas.

La puerta se abrió. Un hombre le hizo señas con la mano y Dieter maniobró para entrar en el patio que había al otro lado de los torreones.

El sirviente se apresuró a abrir la portezuela. Era un hombre bajito, gordo, de aire jovial.

—Buenas noches, señor —saludó, apenas el joven hubo puesto pie en tierra—. Soy Poldi, mayordomo de la señora condesa. Tenga la bondad de seguirme, por favor; la señora condesa me avisó que tenía al señor invitado a cenar esta noche.

—Sí, pero ¿cómo sabe que soy yo ese invitado, Poldi?

El mayordomo lanzó una cortés risita.

—¿Quién otro podría ser, señor? Por aquí, señor…

Poldi echó a andar delante del joven y le condujo hasta una puerta de arco apuntado de piedra, rematada en un escudo singular, en bajorrelieve de granito. En el escudo se veía una serpiente, enroscada en tomo a una columna, la cual estaba cruzada por dos espadas.

«Los símbolos de la sortija», pensó el invitado.

Poldi le condujo hasta una vasta sala, en la que había una chimenea saliente, cuya campana estaba sostenida por dos gruesas columnas, con sendas serpientes enroscadas en sus fustes. Un alegre fuego ardía en el hogar, caldeando agradablemente la estancia, en la que se veía una larga mesa, de madera oscura y brillante, con el servicio ya preparado.

Sobre la mesa había dos enormes candelabros, de nueve brazos cada uno, con todas las velas encendidas. En el pie de cada candelabro, de plata, al parecer, se repetía el motivo heráldico de la serpiente.

—Avisaré a la señora condesa de la llegada del señor —se despidió Poldi—. Mientras tanto, si el señor desea reconfortarse, le sugiero un jerez exquisito, que está a la entera disposición del señor.

Poldi se marchó. Watzen se acercó a la mesita de los licores y destapó la botella del jerez. El vino olía muy atractivamente y se sirvió una copa, que paladeó lentamente.

De pronto, se abrió la puerta del salón. Watzen se volvió y ahogó un grito de sorpresa.

—¿Cómo está el galante caballero que me salvó de perder el avión? —dijo Martha, mientras avanzaba hacia su huésped.

Watzen se sentía estupefacto. ¿Era aquella bellísima mujer la misma que había tenido a su lado en el coche, sólo unos pocos días antes?

Martha vestía ahora de una forma extremadamente audaz. Sólo al caminar se advertía que lo que parecía falda negra, de seda, hasta el suelo, eran unos pantalones de corte muy extremado, con amplísimas perneras. Dos trocitos del mismo tejido, unidos tras el cuello de cisne y sujetos por sendos broches de joyería a la cintura de los pantalones, eran todo cuanto componía la parte superior de su indumentaria. De este modo, la espalda quedaba completamente al descubierto, mientras que el pecho de diosa quedaba escasamente velado.

—¿No dice nada? ¿Se ha quedado mudo? —rió ella, al alargarle la mano.

—Condesa, ¿no cree que la visión de tan radiante hermosura es más que suficiente para que un hombre pierda la facultad de hablar?

—No sea adulador —contestó Martha—. Admito la galantería, pero no la exageración. Y ya que le he visto con una copa en la mano, sírvame otra, por favor.

—Con mucho gusto. Condesa, créame —dijo él, cuando le entregaba la copa—, nunca me pude imaginar que viviera usted en un lugar semejante.

—¿Le gusta?

—Es, realmente, el marco apropiado para usted.

—Todo depende de las opiniones. Hay quienes piensan de un modo distinto. Algunos querrían verme, por ejemplo, en una playa, con la indumentaria apropiada. Dicen que así estaría más atractiva. ¿Qué opina usted?

—Si me lo permite, hasta con un saco y dos agujeros para los brazos y uno para la cabeza, estaría usted incomparablemente bella.

—Por favor —rió Martha—. Recuerde lo que le he dicho; no sea exagerado. ¿Había estado alguna vez en Kravenstadt?

—Ésta es la primera vez, condesa…

—Le gustará, se lo aseguro. Aunque, a decir verdad, Schónhügel no tiene muy buena fama entre algunos de los habitantes de la localidad.

Watzen recordó instantáneamente al asustado y encolerizado Wolf Hauser y el escéptico y burlón Danni.

—Lo Ignoraba —respondió.

—Algunos sostienen que he hecho un pacto con el diablo, pero será mejor que no hablemos de cosas desagradables, propias de aldeanos incultos y supersticiosos. Señor Watzen, ¿piensa estar mucho tiempo aquí?

—Aproximadamente, una semana. Desearía que me permitiese visitarla al menos en otra ocasión, condesa.

—Siempre que gusto accedió ella.

Poldi asomó en aquel instante.

—Con el permiso de la señora condesa…

—Oh, sí, Poldi, ya puede servir —dijo ella.

* * *

La cena resultó muy agradable, no sólo por la hermosa anfitriona, sino por la exquisitez de los platos que sirvió el mayordomo. Al terminar, Poldi trajo un carrito con el servicio de café.

—Puede retirarse, Poldi —dijo Martha.

—Sí, señora condesa. Buenas noches señor.

Martha y su invitado quedaron a solas nuevamente.

—Allí estaré mejor —indicó ella.

Watzen se sentó en un colosal diván que, en cierto modo, desentonaba un tanto con la decoración, pero que resultaba muy

cómodo para descansar junto al fuego. Martha empujó el carrito, llenó dos tazas y le ofreció una, para sentarse después a su lado.

—Hay algo que me intriga considerablemente, condesa —dijo él, poco más tarde—. Quizá usted pueda satisfacer mi curiosidad.

—¿De qué se trata?

—El emblema heráldico. ¿Pertenece a la familia Von Scheranz?

—En efecto. Un poco raro, ¿verdad?

—Aparentemente, sí. ¿Qué significa?

—La columna es la familia Von Scheranz. La serpiente significa el mal que nos acecha continuamente, pero que es vencido por las dos espadas, que simbolizan la fortaleza y la virtud. ¿Le gusta?

—Es magnífico. Usted lo tiene también en su anillo —dijo Watzen, a la vez que se apoderaba de la mano de la joven.

—Es una joya muy bonita, aunque el valor de la piedra no sea excesivo —contestó Martha.

—Se la regalarla su esposo, supongo.

—No tengo esposo, señor Watzen.

—Oh, lo siento, dispénseme.

Ella se echó a reír, sin soltarse de la mano del joven.

—¿Por qué? Nunca me he casado, lo cual sorprende siempre a la gente que lo sabe por primera vez.

—¡Increíble! Una mujer tan hermosa… y soltera…

Martha se reclinó sobre el diván y le miró a través de sus espesas pestañas.

—Todavía no he encontrado al hombro con el cual debo unir mi vida para siempre —manifestó.

—¿Exige determinadas cualidades a ese hombre? —preguntó él.

—No, sino que pueda amarle y que él me ame.

—Es lo que pide todo el mundo, condesa.

—Cierto, pero no siempre se encuentra…

—Estoy por pensar que usted ha sufrido un desengaño amoroso.

—Permítame que no le conteste, Dieter.

—Y yo le ruego que me disculpo por haber intentado penetrar en su intimidad. ¿Puedo hacerle ahora una pregunta, condesa?

—Sí, pero le ruego use mi nombre.

—Gracias. Martha, ¿tiene usted una hermana o una parienta muy próxima?

—No, no tengo familia. ¿Por qué lo pregunta?

Watzen volvió a tomarle la mano en que brillaba la sortija.

—Hace algún tiempo, conocí a una muchacha que tenía un anillo igual a éste —dijo, mintiendo a medias, ya que no había hablado jamás con Britt Neckar.

—Seria casualidad —respondió Martha—. ¿Una sortija igual a la mía?

—Sí, en efecto.

—Pudiera ser, aunque, en todo caso, se trataría de una imitación. Que yo sepa, sólo hay una sortija digamos legítima y es la que yo llevo constantemente.

—Debe tratarse de una coincidencia, en efecto —sonrió él—. Lástima que tenga que devolverla.

—¿Qué, Dieter?

—Su mano. No puedo tenerla eternamente en la mía.

Martha rió sin estridencias.

—Si eso le gusta… —dijo, y le ofreció de nuevo su mano.

Watzen se inclinó y besó aquella piel de seda, delicadamente perfumada. Luego se puso en pie.

—Ha sido una velada realmente agradable —dijo.

Martha se levantó también.

—Vuelva cuando quiera, Dieter —contestó.

Watzen la contempló durante unos instantes. ¿Era posible que aquella hermosa mujer perteneciese al diablo? Schwarz lo había dicho claramente; Martha le había vendido el alma, cuatro siglos antes, a cambio de un milenio de vida, siempre joven y hermosa.

Pero, no, no podía ser; era una fantasía. La mano que había besado era cálida, palpitante de vida…, la mano de una mujer más joven de lo que había pensado en un principio, en aquella tarde penumbrosa y húmeda.

Una mano de veinticinco años, todo lo más, en contra de los primeros cálculos.

—Hasta la vista, Martha.

—Hasta que guste, Dieter.

Polen pareció materializarse en el vestíbulo, apenas abandonó el salón.

—¿Ha quedado satisfecho el señor de la cena? —preguntó.

—Sí, Poldi, realmente, ha sido una cena exquisita, sin olvidar los vinos, adecuadamente elegidos.

El mayordomo se inclinó profundamente.

—Es el mejor elogio que podría y desearía escuchar —contestó.

—¿Cómo? ¿También es cocinero? —se asombró Watzen.

—Así es, señor. Salvo una asistenta, que viene algunas horas por la mañana, yo soy el único servidor de la condesa.

Aquel castillo necesitaba, al menos, media docena de personas en la servidumbre. Puesto que no era así, la respuesta a una situación relativamente insólita sólo podía ser una: dificultades económicas, pensó Watzen.

—Buenas noches, Poldi.

—Buenas noches, señor —dijo el mayordomo, mientras abría la portezuela del coche—. Celebro que la velada haya resultado de su agrado.

—De eso puede estar seguro.

Watzen hizo arrancar el coche y aguardó a que el portón principal estuviese abierto. Agitó una mano, en correspondencia al saludo de Poldi, y salió al camino que unía Schónhügel con la aldea.

De repente, como obedeciendo a un impulso irresistible, detuvo la marcha del vehículo a menos de cincuenta metros del castillo.

Asomó la cabeza por la ventanilla. Había luces en el piso superior.

Dos de las ventanas eran sorprendentemente grandes. Watzen divisó la silueta de una mujer, a través de unas casi transparentes cortinas de muselina.

Era Martha, no cabía duda.

Durante unos segundos, Watzen contempló aquella estatuaria belleza. Iba a arrancar de nuevo, cuando, inesperadamente, Martha alargó sus brazos.

El hombre se unió a ella en estrecho abrazo. Ciertamente, no era Poldi.

Era un individuo alto, bien portado, según su silueta. De repente, Watzen sintió en la boca sabor de cenizas.

Pisó el acelerador. Cien metros más adelante, frenó violentamente, para no atropellar al hombre que se tambaleaba ante el coche, en medio del camino.

—Maldito borracho —gruñó.

El hombre agitó sus manos de un modo extraño. Súbitamente, dio un par de pasos hacia el «Mercedes».

Watzen lo reconoció de inmediato.

Era Sepp Wegener. Algo brillaba en el centro de su pecho.

El joven sintió que se le ponían los pelos de punta. Aquella cosa puntiaguda, que asomaba diez o quince centímetros, manchada de sangre en algunos lugares…

Bruscamente, Wegener cayó hacia adelante. Entonces, los faros del coche iluminaron la empuñadura de la espada que había atravesado por completo el cuerpo del joven recién casado.

* * *

Los hombres de la aldea regresaron al albergue y apagaron las linternas y faroles que habían llevado consigo. Hilda y Danni les sirvieron bebidas.

—El forastero tenía ganas de divertirse —dijo uno.

—Hay cosas con las que jamás se debe bromear —añadió otro.

Un hombre de uniforme entró en el albergue. Era el policía de Kravenstadt.

—Señora Schmidt, ¿dónde está su huésped?

Aquí —contestó Watzen, mientras descendía del piso superior—. A su disposición, señor jefe de policía.

—Usted es Dieter Watzen.

—Sí, señor.

—Debo decirle que el juez tendrá conocimiento de su vituperable acción y que le impondrá una fuerte multa, señor —habló el policía rígidamente—. En el lugar que usted indicó, no sólo no había un cadáver, sino que tampoco se encontró el menor rastro de un asesinato.

Watzen trató de digerir la noticia.

—A lo mejor se emborrachó en el castillo —rió uno.

—No estaba borracho —dijo el joven de mal humor—. Danni puede atestiguarlo; a él me dirigí el primero, cuando llegué a Kravenstadt, después de cenar con la condesa.

—Desde luego, a mí no me pareció que hubiese bebido en exceso —corroboró el conserje.

—Sea como sea, esto no puede quedar así. Como jefe de policía, no debo permitir ciertas burlas. Señor Watzen, mañana tendrá usted noticias mías.

—Repito que no pienso rehuir mis responsabilidades, señor Firstin —contestó Watzen, no menos secamente que el funcionario

policial.

Los hombres se marcharon poco a poco. Finalmente, sólo quedaron en el bar Watzen y la dueña del albergue.

Hilda, acodada en el mostrador, lo miró irónicamente.

—¿Le dio algún bebedizo la esclava del diablo? —preguntó.

Watzen estudió un instante el bello rostro de Hilda. Luego, su vista resbaló hacia el generoso escote, que ella hacía resaltar más con su postura.

—Voy a proponerle una cosa, Hilda —dijo.

—Muy bien. Hable usted —aceptó ella, sin ofenderse por el trato familiar que le daba su huésped.

—Vamos a hablar con la señora Wegener. Ella, quizá, pueda decirnos dónde está su esposo. ¿Le parece bien?

—De perlas, Dieter.

# CAPÍTULO VII

Flori Wegener apareció en la puerta de su cuarto, envuelta en una bata y con evidentes señales de llanto en los ojos.

—Señora —dijo Hilda.

—Sí, dígame…

—El señor Watzen quiere hablar con usted. Lamentamos tener que despertarla a estas horas, pero no podemos hacer otra cosa.

—¿Qué sucede? ¿Le ha ocurrido algo a mi marido? —preguntó la chica, alarmada.

—No está con usted, ¿verdad?

—No. Se fue después del almuerzo. Dijo que pasaría allí toda la tarde, pero que no me alarmase si tardaba.

—Ha estado llorando —observó Watzen.

—Lo siento. Me desperté bruscamente, empecé a pensar en Friedrich…, bueno, yo le llamo Fred. No he podido contenerme y he llorado un poco.

—¿Por qué?

—No me gusta lo que ha venido a hacer en Schónhügel.

—Se trata de una tesis doctoral, según tengo entendido.

—Sí, en efecto.

—Y desea investigar en la biblioteca del castillo.

—Así es.

—¿Algún tema muy extraño?

Flori se mordió los labios.

—Lo siento, no debo hablar de esto —dijo—. Fred me lo ha prohibido.

—Pero…

—Por favor, tengo ganas de dormir. No se preocupen, Fred volverá mañana por la mañana. ¡Buenas noches!

La puerta se cerró. Hilda soltó una risita.

—Nos ha dado con la puerta en las narices —comentó

burlonamente.

Watzen se mordió los labios.

—Hilda, le juro que yo vi a Wegener muerto, con el cuerpo traspasado de parte a parte por una espada —exclamó.

—Venga a mí habitación y le daré una copita. No le sentará mal, se lo aseguro.

Watzen miró sorprendido a la hermosa mujer que tenía ante sí.

—¿Qué dirá su esposo, Hilda?

—Nada. Los hombres que están en su situación, no hablan.

—Oh, es viuda…

—Vaya, al fin lo ha adivinado. Venga, hombre, no haga tantos ascos a mi invitación —dijo Hilda.

—¿Ascos? Una invitación como ésa es para hacer que un hombre dé saltos a estilo Tarzán —rió Watzen.

Entraron en la estancia, más amplia que las de los huéspedes, con una salita de recibo, en la que había una chimenea, ahora apagada. Pese a todo, la calefacción del albergue hacia agradable el ambiente.

Hilda se inclinó mucho para servir las copas. «Te desagrada la soledad, pero no te gustan los compromisos definitivos», pensó el huésped.

—Hilda, no creo en lo que ha dicho Flori —exclamó él, después de tomar un par de sorbos.

—Hay una manera muy fácil de comprobarlo —respondió ella.

—¿Cómo?

—Aguarde un momento.

Hilda se fue al teléfono, situado sobre una mesita, cerca de la entrada al dormitorio, levantó el aparato y marcó un número. Con la mano libre señaló el supletorio.

Watzen comprendió en el acto y tomó el aparato. Tardaron un minuto largo en escuchar la voz un tanto chillona de Poldi.

—¿Quién llama a estas horas? Maldición, estaba ya en el mejor de los sueños…

—Poldi, soy yo, no se enfade. Hilda Schmidt, la dueña del Albergue de la Corza de Plata…

—Oh, señora Schmidt, qué placer. ¿En qué puedo servirle?

—Poldi, dígame, por favor, ¿está el señor Wegener en el castillo?

—¡Pues claro! La señora condesa le cedió una de las

habitaciones de los huéspedes. ¿Quiere que le llame?

—No, gracias; solamente deseábamos comprobarlo. Su esposa no se atrevía a llamar y… Buenas noches, Poldi.

—Buenas noches, señora Schmidt.

Hilda dejó el teléfono en la horquilla y miró al joven, a la vez que ponía una mano en la cadera, que hizo resaltar sugestivamente.

—¿Satisfecho, señor fantástico?

—Sí —contestó Watzen.

Entonces, buenas noches.

Una sonrisa apareció en los rojos labios de Hilda, giró sobre sus talones y entró en el dormitorio corriendo las cortinas que lo separaban de la sala.

* * *

El alarido retumbó por todo el edificio, atravesó las puertas y descendió hasta la planta baja. Fue un largo y agudo chillido, en el que se advertían trémolos de horror insuperable. Cesó un instante, para repetirse casi en el acto, con distintas oscilaciones sonoras, hasta que se convirtió en una especie de lamento animal.

Dieter despertó bruscamente. Apenas hacía una hora que había regresado a su habitación. Asombrado, se dio cuenta de que ya era de día.

Saltó de la cama, se puso una bata y metió los pies en las zapatillas. Luego salió del dormitorio a la carrera.

Hilda asomaba en aquel momento.

—Ha sido en la habitación de Flori Wegener —dijo.

Danni apareció también, Jadeando al haber subido la escalera a saltos.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? —exclamó—. Nunca había oído unos gritos tan espantosos…

Hilda corría ya hacia la habitación de los recién casados. Watzen la alcanzó cuando ya abría la puerta.

—Danni, avise al módico —ordenó la dueña del albergue, segundos después—. A la señora Wegener le habrá ocurrido algo.

—Sí, señora, al momento.

Flori yacía sin sentido en el centro de la estancia. Watzen se arrodilló a su lado y le puso una mano en el pecho.

—Está viva —dijo—. Un desmayo, pero ¿por qué?

De pronto, Hilda lanzó un chillido.

—¡Dieter!

El Joven se incorporó de un salto. Hilda señalaba la cama, con mano convulsa.

—Dios mío —murmuró Watzen.

Fred Wegener yacía, vestido, dentro de las ropas de cama, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados y el rostro invadido por una palidez de inconfundible significado.

—Está… está… —tartamudeó Hilda.

Watzen hizo un esfuerzo y se acercó a la cama, inclinándose sobre el cadáver. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia Hilda.

—¿Quién dijo anoche que yo me había embriagado?

—¿Cómo?

—Ven, Hilda. No temas, los muertos no hacen daño a nadie.

Ella titubeó un poco, pero acabó por aceptar la mano que le tendía Watzen. El joven señaló el negruzco orificio que se divisaba en el centro del pecho de Wegener.

—La espada penetró por la espalda y asomó de diez a quince centímetros por delante —dijo él.

Hilda se apartó, como si temiese ser atacada por algún monstruo.

—Entonces, lo han asesinado…

—Sí.

—Pero ¿quién?

—Creo que eso es competencia del orgulloso señor Firstin —respondió Watzen, aludiendo al jefe de policía de Kravenstadt.

—Sí, habrá que llamarle… Dios mío, ¿cómo han podido traer aquí el cadáver, sin que se entere nadie?

Watzen había alzado en brazos a la chica desmayada.

—Procúrame una habitación, Hilda —pidió.

—Sí, al momento. Pobre muchacha, que horrible despertar…

—Oreo que tendrás que encargarte de consolarla —dijo Watzen —. Es la tarea más apropiada para una mujer, me parece.

—Descuida, Dieter.

—Cuando se encuentre mejor, yo hablaré con ella.

* * *

El amplío rostro de Poldi se distendió en una amplia sonrisa al reconocer al visitante.

—¿Cómo se encuentra, señor? —saludó, cortés.

—Bien, gracias, Poldi.

—El señor querrá hablar con la señora condesa, me imagino.

—Si no tiene inconveniente en avisarla… Pero antes quiero hacerle una pregunta, Poldi.

—Estoy a las órdenes del señor.

—Anoche le llamaron a usted por teléfono.

—Si, a una hora muy intempestiva, por cierto. ¿Cómo lo sabe, señor?

—Yo estaba junto a la persona que le llamó, Poldi.

—Oh, la señora Schmidt. Una mujer encantadora —sonrió el mayordomo, con maliciosa expresión.

—Ciertamente. La señora Schmidt le preguntó por el señor Wegener. Usted le dijo que ya estaba acostado.

—Así fue, señor. El señor Wegener, muy modesto y con ánimos de no molestar a la señora condesa, tomó un refrigerio en la cocina, conmigo. Luego, en seguida, se fue a la cama.

—¿Sigue todavía en su habitación?

—No. Debió de marcharse muy pronto, porque ya no estaba cuando le subí el desayuno. Desde luego, yo dormía aún, porque ni siquiera le oí salir.

—Comprendo. Muchas gracias, Poldi.

Una campanilla tintineó en aquel momento.

—Llaman —dijo el mayordomo—. Con su permiso, señor; debe de ser la asistenta.

Poldi se alejó, para volver a los pocos momentos, con una mujer alta, delgada, de agradable apariencia en su madurez. Watzen calculó su edad en unos cuarenta años, muy bien llevados.

—Señor, le presento a la señora Huppelmeier —dijo Poldi.

—Tanto gusto —saludó la mujer, con una ligera inclinación de cabeza.

—Encantado, señora.

—Con el permiso de ustedes, voy a empezar la limpieza —se despidió la recién llegada.

«Es la asistenta», pensó Watzen.

—Señor, si lo desea, avisaré a la señora condesa, —dijo Poldi.

—Sí, muchas gracias.

Poldi regresó muy pronto.

—La señora condesa le ruega tenga la bondad de aguardar en el

salón. Estará lista dentro de pocos minutos, señor.

Watzen fue al salón comedor, en donde ya se había encendido el fuego. Tomó una astilla, la prendió y acercó la llama a un cigarrillo.

Fumó pensativamente durante unos momentos. De pronto, se fijó en un enorme armario de madera oscura, con hermosos relieves, tallados a mano, que se hallaba situado en el lado opuesto a la entrada.

Watzen se acercó al armario, destinado a una hermosa vajilla de cerámica. En los laterales, había dos columnas con el motivo heráldico de la casa.

Permaneció unos segundos, contemplando el mueble. De repente, notó un detalle extraño.

Los ojos de la serpiente derecha, según su posición, brillaban de una forma singular. Pensó unos instantes en unas piedras preciosas, que pudieran parecer los ojos, pero no era así; el brillo procedía del mismo material… o tal vez se trataba de una pintura especial.

Miró hacia la serpiente de la izquierda y apreció que el brillo no se veía en sus ojos. Retrocedió unos cuantos pasos.

El fenómeno persistió. Intrigado, Watzen se acercó al armario y tocó con las yemas de los dedos aquella cabeza de serpiente, más que nada, por la curiosidad de conocer el tacto del material de que estaba hecha.

Entonces, con ligerísimo chasquido, un lienzo de pared, situado a la izquierda del armario, se abrió a un lado, dejando ver el arranque de una escalera, que se perdía en las profundidades del castillo.

# CAPÍTULO VIII

Watzen dudó un instante, pero le pareció como si una voz interior le impulsara a franquear el umbral de aquella abertura. Sacó el encendedor y puso el pie en el primer peldaño.

Un poco de luz se hizo delante de él. Pisó el segundo peldaño y el túnel inclinado se iluminó un poco más.

Continuó descendiendo. A cada pisada en un escalón, aumentaba la intensidad de la luz. Finalmente, se encontró en un vasto subterráneo, cuya sola contemplación le hizo quedarse con la boca abierta.

Faltaban algunos elementos de decorado, pero, en lo esencial, era absolutamente idéntico al de la película tan trágicamente interrumpida. De no haber sido porque sabía que se hallaba en Schónhügel, Watzen habría pensado que se hallaba en los estudios de cine de su amigo Korpanov.

Incluso el altar… pero allí era un sepulcro, muy sencillo, sostenido por sendas columnas con sus serpientes, esta vez sin las espadas, y en la tapa, la estatua yacente de una hermosa mujer.

De pronto, oyó un ligero chasquido y el resplandor interior se atenuó considerablemente. Volvió la cabeza: la puerta se había cerrado por sí sola.

—No temas, saldrás de aquí.

Watzen giró en redondo. Reclinado negligentemente sobre el sepulcro, estaba Schwarz.

—¡Arkangel! —exclamó.

—Hola —saludó Schwarz, con un negligente ademán de su mano, ahora enguantada en rojo—. ¿Sorprendido?

Watzen hizo un esfuerzo por sonreír:

—Oh, no mucho; este lugar, a fin de cuentas, parece muy adecuado para una entrevista con el diablo. Ataviado, por cierto, de una forma muy clásica —añadió.

Schwarz vestía traje del siglo XVI, con Jubón, calzas y medias negras, en los que se divisaba algún toque de color rojo. La gorguera, rizada, era igualmente de color escarlata, como la pluma de faisán, que adornaba el breve casquete con que se cubría la cabeza.

A la cintura llevaba una espada de tazón, ricamente adornada con piedras preciosas. Sobre el anular y encima del tejido del guante, Watzen divisó un anillo con una enorme piedra.

Schwarz pareció advertir la dirección de las miradas del Joven y levantó la mano izquierda.

—El sello de Salomón —dijo.

—Oh, sí, el mayor mago de la época, según se dice.

—En el fondo, un infeliz, con mucho poder y mucho dinero. Si hubiera sido un pobretón sus conjuros no hubieran tenido la menor eficacia —rió el sujeto cínicamente.

—Arkangel, me parece que no estamos aquí para hablar de Salomón —dijo el joven suavemente.

—Eres un tipo osado y valiente, como los que me gustan a mí. ¿Qué quieres saber?

—¿Quién mató a Wegener y luego llevó su cuerpo al albergue?

El índice de Schwarz apuntó hacia la bóveda.

—La solución, arriba —contestó.

—¿Martha?

—Ya te he dado mi respuesta.

—Arkangel, esa espada no es la que yo vi en el cuerpo de Wegener.

—Oh, claro que no, sólo forma parte de mi atavío. Ciertamente, yo no maté a ese chiflado.

—¿Chiflado?

—Bueno, si estuvieras en mi pellejo, así lo calificarías.

—Me siento muy a gusto llamándome Dieter Watzen.

Schwarz lanzó un hondo suspiro.

—También a mí me gustaría ser como tú —dijo melancólicamente—. Un día morirás y, a poco decente que hayas sido, gozarás eternamente de Su divina Presencia. Yo, en cambio, estoy condenado a sufrir Su Ausencia, por los siglos de los siglos.

—Según parece, la culpa fue tuya, Arkangel.

Schwarz hizo una mueca.

—No hablemos de cosas tristes —respondió—. Dieter, si quieres saber algo sobre la muerte de Wegener, tendrás que averiguarlo por ti mismo.

—Creí que no te gustaría.

—Y no me gusta, pero recuerda lo que te dije sobre la doctrina del libre albedrío.

—Sí, lo tendré presente…, pero también tengo un amigo al cual debo ayudar.

—Eres muy libre de actuar como te parezca, que es lo mismo que decir como te convenga.

—Gracias. Arkangel. Dime, esa tumba en la que estás apoyado, ¿es la de la condesa Martha?

—Sí.

Watzen echó a andar y subió los cuatro peldaños del túmulo sobre el que reposaba la sepultura. Luego contempló el hermoso rostro de la estatua, cuyas manos, maravillosamente esculpidas, reposaban sobre los senos de mármol.

Las facciones de la mujer tenían un notabilísimo parecido con otra a la que él conocía, viva y extraordinariamente bella.

—Te vendió su alma —dijo, tras una pausa.

—Sí.

—A cambio de la juventud.

—Debió ser por la época en que el doctor Fausto andaba en tratos con Mefistófeles.

Sonó una risita.

—Yo fui el Mefistófeles de Fausto —respondió Schwarz.

—Pero él te pidió juventud eterna…

—Vamos, vamos, no hay que exagerar. Le convencí de que fuese mucho más modesto, como la condesa Martha. Pero Fausto tuvo la suerte de topar con su Margarita y entre los dos me birlaron su alma.

—Con Martha no sucederá.

Schwarz hizo un gesto negativo.

—Ese asunto me dio mucha experiencia, créeme. Incluso a mí me han engañado los humanos muchas veces. Y es que no soy infalible, como mi Creador.

—Arkangel, la modestia no deja de ser una virtud —sonrió Watzen.

—Eres un tipo estupendo. ¿No te dije una vez que me caías simpático? Pero eso no sería obstáculo si te interpusieras en mi camino. Y ya sabes a qué me refiero.

Watzen asintió con lentos movimientos de cabeza. Luego, de pronto, reparó en un detalle.

—No hay espadas en las columnas de la sepultura —dijo.

—En este caso, el mal ha vencido a la virtud —contestó Schwarz significativamente—. Un día, que para mi será un soplo, Martha vendrá a ocupar el sitio que ahora está vacío.

Los nudillos de la mano derecha de Schwarz rozaron la tapa del sepulcro. A Watzen le pareció que sonaba una campana gigantesca.

De pronto, se encontró solo, en la cripta vivamente iluminada. Casi por instinto, subió la escalera. La puerta se abrió sin necesidad de su intervención y se cerró apenas hubo traspasado el umbral.

Se pasó una mano por la frente, que encontró ardorosa y un poco transpirada. De pronto, oyó una exclamación en el otro extremo del salón:

—¡Dieter! ¿Dónde ha estado? —preguntó Martha.

La joven avanzó hacia su visitante.

—Poldi me dijo que estaba en el salón, pero vine antes, y no le encontré —añadió.

Watzen trató de buscar una excusa.

—Seguramente, estaba al otro lado de ese enorme armario, examinando sus tallas y, absorto, no me di cuenta de que había llegado usted. Dispénseme, se lo ruego.

Martha sonrió encantadoramente.

—No tiene ninguna importancia —contestó—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Verá… Se trata de Friedrich Wegener…

—Ah, sí, el estudiante que está preparando su tesis doctoral.

—Justamente, Martha.

—Anoche se quedó en el castillo. Poldi me ha dicho que se ha marchado muy temprano.

Watzen estudió durante unos segundos el atractivo rostro de Martha. ¿Era posible que aquella hermosa joven hubiese nacido, en realidad, cuatrocientos años antes? Pero si era así, ¿cómo no había nadie, en la aldea, que se hubiese dado cuenta de que en Schónhügel había una mujer que nunca moría?

—¿Dieter? —dijo ella, en vista de su silencio.

—Perdón, me había distraído. Lo siento, Martha, Wegener está muerto.

* * *

El color huyó del rostro de Martha.

—Eso… parece increíble… —murmuró—. ¿Qué le ha sucedido, Dieter?

—Alguien traspasó su cuerpo con una espada; es todo cuanto puedo decirle, salvo que murió a poco de marcharme yo del castillo.

—¡Oh, no, no! Él estaba en su dormitorio. Me lo ha dicho Poldi.

—A mí me gustaría hablar con Poldi. Martha.

—Le llamaré ahora mismo…

Watzen levantó una mano.

—Por favor, espere unos minutos —rogó—. Antes quiero hacerle una pregunta, si no tiene inconveniente.

—Desde luego.

—Martha, ¿conoció usted a Britt Neckar?

—No. He oído vagamente su nombre, pero no sé quién es.

—¿Conocía a Oskar Keller?

—Tampoco.

—Estuvieron aquí hace algunas semanas, Martha.

—Lo siento; yo he estado ausente durante una temporada.

—Comprendo. Martha, ¿le importará que hable a solas con Poldi?

Ella vaciló un instante. De pronto, antes de que tuviera tiempo de dar una respuesta, llamaron a la puerta.

—Entre —dijo Martha, volviéndose ligeramente.

Un hombre alto, delgado, de nariz aguileña y penetrante mirada, se hizo visible.

—Señora condesa…

—Ah, señor Fortunius —dijo Martha—. Dieter, le presento a mi administrador. Éste es el señor Watzen, señor Fortunius.

Fortunius hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Es un placer —dijo, cortés—. Señora condesa, si no le importa, me gustaría enseñarle algunas de las cuentas.

—Como guste, señor Fortunius. ¿Me dispensa. Dieter?

—Claro. Por favor, envíeme a Poldi, Martha.

—Desde luego.

Martha y el administrador se marcharon.

Dieter quedó solo. Mientras inhalaba el humo del cigarrillo, se preguntó si Fortunius era el hombre que había abrazado a Martha la víspera.

Recordó la escena: Martha, abrazando a aquel hombre, en su dormitorio. ¿Era posible que una joven de tan dulce aspecto obrara con tanta ligereza?

Fortunius era un cuarentón, que aparentaba fácilmente cinco o seis años menos, magníficamente conservado y, todo había que decirlo, muy apuesto.

Watzen, desengañado, meneó la cabeza.

—Está visto que uno no se puede fiar de las mujeres —dijo.

Poldi apareció de pronto en el umbral.

—Señor, la señora condesa me dice que usted desea hablarme —manifestó.

—Ah, sí, Poldi. Entre, hágame el favor. ¿Sabe que el señor Wegener ha muerto?

—Oh, señor, qué pena —dijo el mayordomo—. Un joven tan simpático y estudioso…

—Sí, muy estudioso. ¿Le dijo a usted cuál iba a ser el tema de su tesis doctoral?

—No, señor; yo le conduje a la biblioteca, abrí todos los armarios y le dejé solo, salvo los momentos en que le serví el almuerzo y el té de las cinco. Después, por la noche, vino a la cocina…

«Una mansión tan grande y un solo sirviente», pensó Watzen. Porque con la señora Huppelmeier no había que contar; Poldi no hubiera podido realizar solo todas las tareas domésticas.

—Gracias, Poldi.

El mayordomo sonrió.

—A usted, señor —se despidió.

Watzen permaneció todavía unos momentos en el saloncito. De pronto, concibió una idea.

—Pero no puedo hacer nada hasta la noche —murmuró, mientras se encaminaba en busca de la salida.

* * *

Flori Wegener estaba sentada en un sillón, muy pálida, con la vista perdida en las lejanas montañas. Watzen la contempló unos

instantes desde la puerta. Al día siguiente se celebraría el entierro de su esposo.

Tosió. Flori volvió ligeramente la cabeza.

—¿Es usted el señor Watzen?

—Sí. Señora, permítame expresarle mi sincera condolencia por la terrible pérdida sufrida…

Unas lágrimas asomaron a los ojos de Flori.

—Se lo dije, insistí una y otra vez…, pero Fred era muy terco y no quiso hacerme caso… No debiéramos haber venido a Kravenstadt…

—Da eso precisamente quería hablarle, señora. Deseo que me diga qué buscaba su esposo en el castillo.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Soy investigador privado, señora. Y, aunque lo lamento infinito, Fred ya no puede prohibirle que conteste a mis preguntas.

Flori asintió.

—Sí, tiene razón; ahora ya puedo hablar… Es más, debo hacerlo, porque me doy cuenta de que Fred hizo lo que debía hacer… aunque no consiguiera su objetivo.

—¿Cuál era su objetivo, señora Wegener?

Ella hizo una ligera pausa. Se llenó los pulmones de aire, con una profunda inspiración, y contestó:

—El diablo habita en Schónhügel y Fred quería encontrar la fórmula que le permitiese enviarlo de vuelta a los infiernos. ¡Para siempre!

# CAPÍTULO IX

Watzen presionó el resorte y la llamita apareció en el encendedor. Hilda se inclinó a fin de prender el cigarrillo.

—Mañana entierran a Fred —dijo, después de aspirar la primera bocanada de humo.

—Hilda, ¿crees tú de veras en la leyenda de Schónhügel? —preguntó Watzen.

Ella se encogió de hombros.

—No soy supersticiosa, pero ¿qué leyenda no tiene un fondo de verdad?

—Eso sí es cierto —convino él—. ¿Conoces a la condesa?

—Personalmente, no.

—¿Por qué?

—No frecuenta mucho la… «sociedad» de Kravenstadt —respondió Hilda irónicamente.

—¿Cuál es tu opinión de ella?

—¿Qué opinión puedo tener yo, de una mujer a la que no conozco y con la que jamás he tenido el menor trato?

—¿Cómo es eso posible? —se asombró Watzen.

—Muy sencillo: ella no vive en el castillo.

—¿Seguro, Hilda?

—Si lo sabré yo —rió ella—. El castillo ha estado cerrado durante muchísimos años. Sólo ahora, muy recientemente, lo han vuelto a abrir, aunque es cierto que se preocupaban de su conservación.

—¿Poldi?

—A veces venían forasteros. Poldi es nuevo.

—¿Qué me dices de la señora Huppelmeier?

—Guapa, pero cuarentona. Bueno, quizá tenga treinta y ocho años…

—Uno más, uno menos, no tiene importancia alguna, pero yo no

te pregunto por sus cualidades físicas.

—Oh, vino aquí hará algunas semanas, tal vez tres meses, alquiló una casa y se estableció en ella. Luego le ofrecieron el empleo en el castillo… Creo que vive de una pequeña renta y se ayuda con lo que le paga la condesa.

—¿Qué me dices de Fortunius?

—¿Fortunius? ¿Qué es eso?

Watzen suspiró.

—Es un hombre, el administrador de la condesa —respondió.

—Debe de ser nuevo. Yo conocía al anterior, pero murió hace un año. Era ya muy viejecito, ¿sabes?

—Gracias, hermosa.

Watzen se dirigió hacia la puerta. Hilda le retuvo por un brazo.

—¿Ya te marchas? —preguntó, con ojos suplicantes.

Watzen tomó la mano de la mujer y aplicó en ella un suave beso.

—Sí —se despidió.

Todavía era pronto, ya que no habían dado siquiera las nueve de la noche. Decidió esperar un poco en el bar, tomando una copa. Entonces oyó una voz ronca que ya había percibido el día de su llegada.

El hombre se quejaba de Schónhügel y decía que era preciso quemarlo. Danni contestó con una sarcástica risotada.

—Estás chiflado, Wolf —dijo—. Ah, señor Watzen —exclamó, al divisar al joven—. ¿Desea algo?

—Sí, invitar a una copa al señor Hauser. En aquella mesa, por favor, Danni.

Hauser le miró recelosamente unos segundos, pero acabó por aceptar la invitación.

—Gracias —dijo, al sentarse frente al forastero—. Usted es el señor Watzen, si no me equivoco.

—En efecto, Wolf —sonrió el aludido—. Pero puede llamarme por mi nombre, Dieter; no use de ceremonias conmigo.

—Gracias.

Danni vino con dos copas de *brandy* y se retiró. Watzen levantó la suya.

—Salud, Wolf.

—Lo mismo digo, Dieter. ¿Qué quiere de mí?

—Cuénteme cosas del castillo y de su leyenda. ¿Es cierto que el diablo habita allí?

Hauser asintió.

—Sí —repuso.

—¿Lo ha visto alguna vez?

—¿Quién ha conseguido ver al diablo? Al menos, el que lo vio, no vivió lo suficiente para contarlo.

Watzen ocultó una sonrisa. ¿Cómo decirle a aquel supersticioso individuo que él había visto al diablo y que estaba vivo?

—¿Es cierto que poseo a la condesa y que ella es su esclava?

—Así lo dice la leyenda —respondió Hauser, muy serio.

—¿Ha visto usted a la condesa?

—Una vez, paseando por los alrededores. Es muy guapa… y se conserva estupendamente, para ser una mujer que cuenta cuatro siglos.

—Pero ella no ha vivido siempre en Schónhügel. A decir verdad, casi no vive…

—Claro —exclamó Hauser—. Este pueblo es mortalmente aburrido. Ella tiene que buscarse distracciones, ¿comprende? Aquí no las encontrará, se lo aseguro.

—Sí, parece razonable —convino Watzen—. Wolf, según usted, ¿cómo se podría echar al diablo del castillo?

—La leyenda dice que una doncella lo conseguirá, pero eso es todo lo que sé. Dieter.

Watzen sonrió y se puso en pie.

—Gracias por todo, Wolf —dijo.

—Ha sido un placer —contestó el individuo.

Hauser se marchó poco después. Watzen se acercó al mostrador.

—Danni, ¿qué hace Hauser? —preguntó.

—Oh, de todo un poco…, pero su principal trabajo es cazar. En la época de turismo, se gana muy bien la vida, vendiendo sus piezas cazadas a los visitantes. Pero también pinta una casa o repara una cerca, si se le llama.

Watzen puso un billete de cinco marcos sobre el mostrador.

—Gracias, Danni —sonrió.

El conserje se embolsó el billete en el acto.

—A usted, señor Watzen.

* * *

Watzen decidió ir a pie al castillo. La distancia no era tan grande como para no poder estirar las piernas sin temor al cansancio. Un cuarto de hora más tarde, divisó la sombría mole del edificio, coronando la colina que, en aquellos momentos al menos, no merecía su nombre.

Se apartó del camino, situándose al otro lado de un gran seto y bajo la copa de un abeto de diez o doce metros de altura, cuyo tronco era tan grueso como su cuerpo. Era el mejor lugar para observar el castillo.

Estaba a unos cincuenta o sesenta pasos. De pronto, vio que se encendían luces en la fachada principal.

Una mujer apareció en silueta y empezó otra vez la escena de la otra noche. Sin saber por qué, Watzen sintió una dolorosa punzada.

Hermosa y de dulce apariencia…, pero sólo en lo exterior, pensó. Martha era una mujer dominada por la sensualidad.

El hombre apareció segundos más tarde. De repente, cuando ya la iba a abrazar, Watzen oyó una sorda exclamación.

Instintivamente, se pegó contra el tronco del abeto. A diez pasos de distancia, y a la izquierda del seto, fuera ya de éste, había un hombre.

Era Hauser y tenía una escopeta en las manos. El arma apuntaba hacia la ventana en donde dos figuras estaban a punto de confundirse en una sola.

—¡Maldita, maldita zorra! —gritó Hauser.

Pero, de súbito, antes de que pudiera apretar los gatillos del arma, una enorme llamarada brotó del suelo y lo envolvió en sus lenguas fuego.

Hauser lanzó un alarido desgarrador. Las luces del castillo se apagaron instantáneamente.

Watzen, Aterrado, permaneció unos momentos indeciso. Delante de él, un hombre ardía como una antorcha, con llamas que se alzaban a varios metros de altura. Los gritos que emitía el desdichado eran horripilantes.

De pronto, Watzen recordó la escopeta y se tumbó en el suelo. Un segundo después, los dos cartuchos del arma explotaron fragorosamente.

Fue como una especie de golpe de gracia. Hauser cayó y ya no se movió más.

Las llamas, sin embargo, seguían consumiendo su cuerpo.

Watzen se dio cuenta de que ya no podía hacer nada por el desgraciado. Los gritos y los estampidos debían de haber llegado forzosamente a Kravenstadt. Lo mejor era desaparecer de allí.

Una prudente retirada, en ocasiones, podía transformarse luego en una rentable victoria.

* * *

—La gente dice que el diablo quemó a Hauser.

Watzen contempló el dorado líquido contenido en su copa.

—¿Y qué dices tú, Hilda?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Soy más bien escéptica, aunque no por ello dejo de admitir la existencia de poderes sobrenaturales. Sin embargo, me inclino a creer en una explicación lógica.

—¿Por qué no la dices?

—Hauser estaba un poco chiflado. No era la primera vez que mencionaba el castillo y su habitante.

—La condesa.

—No, el diablo.

—Oh, entiendo. Sigue.

—Simplemente, Hauser quería matar a la condesa primero y luego quemar el castillo.

Watzen pensó que aquellas palabras concordaban muy poco con lo que Hauser le había dicho dos noches antes. Pero nunca estaba de más conocer las opiniones ajenas.

—Según tú, ¿cómo pensaba quemar el castillo? —preguntó.

—Era un poco Ingenuo. No habría podido conseguirlo con sólo unos litros de petróleo.

—¿Petróleo? ¡Pero Firstin no ha encontrado el menor rastro de un recipiente en el lugar donde fue hallado el cuerpo de Hauser, completamente carbonizado!

—¿De veras? Oh, pero evitar ese rastro es la mar de fácil.

—A ver, dime cómo lo hubieras hecho tú.

—Probablemente, como lo hizo Hauser: un saco de plástico, impermeable, lleno de petróleo o gasolina, tanto da. Al arder el combustible, el plástico se hubiese consumido, como así sucedió.

—No está mal pensado. Pero el caso es que el petróleo se inflamó…

—Probablemente, Hauser hizo sus disparos demasiado cerca de esa bolsa. Imagínate, ¿qué te hubiera pasado a ti, si veinte litros de petróleo, a tus pies, se inflaman de golpe?

—Prefiero no pensarlo —contestó Watzen, sin querer mencionar el hecho de que Hauser había ardido sin necesidad de petróleo y que los estampidos del arma se produjeron cuando el fuego alcanzó los cartuchos.

—Sí, debió de ser una muerte horrible —convino Hilda—. ¿Otro traguito, Dieter?

Watzen se puso en pie.

—Muchas gracias. Por cierto, ¿se ha ido ya Flori Wegener?

—Esta mañana, muy temprano. Pobre chica, estaba tan afectada…

—Lógico. Hilda, voy a dar un paseo.

—Hasta el castillo —adivinó ella.

El joven sonrió.

—Tengo una frente de cristal —se despidió.

Descendió las escaleras. Fortunius entraba en aquel momento.

—¿Cómo está, señor Watzen? —saludó cortésmente.

—Perfectamente, señor Fortunius. ¿Puedo preguntarle si la condesa está en Schónhügel?

—Por supuesto.

—Siento lo ocurrido, señor Fortunius.

El administrador del castillo hizo una mueca.

—Nunca faltan tipos estúpidos —rezongó—. Adiós, señor Watzen —añadió, a la vez que se dirigía hacia la escalera.

Danni, desde el mostrador, le guiñó un ojo.

—¿Hilda? —dijo Watzen, con voz que era apenas poco más que el movimiento de los labios.

Danni asintió. Watzen, de pronto, concibió una idea.

—Oh, me he dejado algo en mi cuarto… Hasta luego, Danni —se despidió.

Subió al primer piso. Le intrigaba la visita de Fortunius a Hilda.

Tal vez no tenía importancia, pero, en su caso, no debía desaprovechar el menor indicio.

Lenta y sigilosamente, se acercó a la puerta del dormitorio de la bella dueña del albergue. Percibió voces, pero no pudo captar distintamente las palabras del diálogo.

Debían estar muy adentro, calculó. Arriesgándose a ser descubierto, hizo girar el picaporte con gran lentitud y abrió una rendija.

—Tienes que hacerlo —decía Hilda en aquel momento—. Seré tu esclava, te obedeceré siempre…, ¡pero dame la juventud y la belleza eternas!

Sonó una risa infernal.

La voz de Fortunius se dejó oír a continuación:

—Tendrás lo que deseas, pero tú también tendrás que darme algo.

—Supongo que tendré que venderme a ti en cuerpo y alma…

Watzen no quiso escuchar más y cerró la puerta.

# CAPÍTULO X

Con meticulosa atención, Watzen examinó el lugar donde Wolf Hauser había ardido como una pavesa. El suelo estaba ennegrecido todavía y la hierba aparecía quemada en un amplio círculo. Ya no había rastros de la escopeta, pero, por supuesto, tampoco había ninguno del recipiente que, según Hilda, había contenido el líquido inflamable.

Aquello no era cierto. Él estaba a diez pasos de distancia.

Veinte litros de petróleo, ardiendo de golpe, hubieran producido un rebufo, semejante a una explosión sorda. Aparte de que el líquido inflamado hubiera salido proyectado en todas direcciones.

Incluso los chorros de fuego podían haberle alcanzado a él. Y no había sucedido nada de eso.

Las llamas, aún ondulando, habían tomado desde el primer momento una dirección vertical, sin desplazamientos oblicuos. El fuego había surgido de la tierra.

Continuó la búsqueda, tenaz y paciente. De pronto, casi junto al tronco del abeto, encontró un objeto que brillaba ligeramente.

Lo recogió con dos dedos. El brillo quedaba muy matizado por cierto ennegrecimiento extraño, que no parecía lógico…, salvo que se pensase en el fuego que había consumido a Hauser.

Sopesó el objeto, haciéndolo saltar en la palma de la mano. Luego le echó el aliento y lo limpió cuidadosamente con el pañuelo. El brillo quedó restablecido.

—Plata —murmuró.

Siete u ocho gramos de aquel precioso metal, en un trozo deforme, como sometido a extrañas pero intensas presiones.

¿Las presiones propias de una explosión?

¿Balas de plata?

Las leyendas decían que se utilizaban para combatir a los Vampiros o al hombre lobo…, pero nunca había oído decir nada

respecto del diablo. Para combatir al diablo bastaba con el nombre de Dios o la señal de la Cruz o un crucifijo…, pero ¿una bala de plata?

—¿Cómo podremos saber lo que pensaba Hauser? —murmuró.

—¿Ha encontrado algo?

Watzen se sobresaltó al oír la voz femenina. Alzó los ojos y vio a Martha a cuatro pasos de distancia.

—¿Le he asustado? —preguntó ella, sonriendo.

—Estaba distraído —contestó él.

—Perdóneme. No quise molestarle…

—Se me ocurrió venir a visitar el lugar donde murió el pobre Hauser.

—En busca de pistas, tal vez.

Watzen hizo un gesto ambiguo.

—Curiosidad —respondió.

—Dicen que lo quemó el diablo —exclamó Martha.

—¿Usted lo cree así?

Martha sonrió de un modo extraño.

—Pudiera ser —respondió—. Si ha terminado, me gustaría invitarle a una taza de té. ¿O prefiere café?

—Lo que usted diga —aceptó Watzen, satisfecho de poder entrar en el castillo, sin necesidad de recurrir a subterfugios.

Además, quería hacer una prueba y la invitación de Martha venía a facilitar considerablemente el logro de sus propósitos.

La señora Huppelmeier acudió al salón, apenas Martha hubo tirado de la campanilla.

—¿Señora condesa?

—Martha, por favor, sírvanos té.

—Bien, señora condesa.

—Oh, se llaman las dos igual —dijo Watzen, al quedarse solos.

—No es un nombre difícil —sonrió ella.

—Desde luego.

La asistenta vino poco después y les dejó solos. Bien arreglada, pensó Watzen, hubiera resultado una mujer de gran atractivo.

Tomaron el té, comentando lo sucedido. Martha, observó Watzen, se sentía un tanto inquieta.

Aquella joven le atraía sobremanera. Pero ¿cómo amar a una mujer que había vendido su alma al diablo, a cambio de vivir mil

años, siempre joven y hermosa?

¡Cuántos sucesos habría presenciado ella en sus cuatrocientos años de existencia!

De pronto, se puso en pie.

—Martha, me gustaría enseñarle algo… Bueno, usted ya lo ha visto, pero querría que me expresara su opinión sobre el particular —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Venga, por favor.

Ella le siguió. Watzen tocó el resorte del armario y la pared se abrió.

—¡Dios mío! —exclamó Martha.

—¿Entramos? —propuso él.

—Está muy oscuro.

Watzen bajó dos peldaños. De pronto, se dio cuenta de que la cripta permanecía a oscuras.

Allí había algo que fallaba, pensó. Pero creía tener la solución.

Encendió las nueve velas de uno de los candelabros. Luego volvió junto a Martha.

—Ahora podemos bajar —sonrió.

Ella le siguió en silencio. Al llegar al suelo de la cripta, Watzen la cogió por un brazo.

—No toma —dijo.

Martha se dejó llevar hasta el sepulcro.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó.

—Mírela bien. Cuando vuelva a su dormitorio, mírese en el espejo.

—Oh… Es increíble… Me parezco extraordinariamente…

Watzen tenía la vista fija en la joven. De súbito, Martha, como si se sintiese acometida por un terror espantoso, dio media vuelta y se precipitó hacia la escalera.

—No debieras haberla traído aquí, Dieter.

Watzen se estremeció.

—Hola, Arkangel —dijo.

Schwarz avanzó lentamente hacia él, desde el fondo de la cripta.

—Permití que conocieras este lugar, pero no que compartieras tus conocimientos con otras personas.

—No lo he dicho a nadie, Arkangel. Además, ¿no tiene ella

derecho a visitar su sepulcro?

Schwarz emitió una silenciosa carcajada.

—Será mejor que vuelvas arriba —aconsejó.

—Espera un momento —pidió Watzen—. Sé por qué murió Wegener.

—Entonces, no intentes hacer lo que él no consiguió.

—Mira, Arkangel, tu presencia aquí no me importa demasiado. Sé que estás en todas partes, así que te dejaré tranquilo. Pero lo que me interesa de veras es saber por qué murieron Britt Neckar y Oskar Keller.

—Por las mismas razones que Wegener.

—¿Qué me dices de Hauser?

—El caso es un poco distinto, pero no quiero decirte más. Vote.

Watzen quiso replicar, pero una fuerza irresistible le hizo girar sobre sus talones.

Detrás de él sonó la voz de Schwarz:

—Averiguarás la verdad y entonces sabrás que no soy tan malo como dicen.

* * *

Casi sin saber cómo, Watzen se encontró subiendo las escaleras que conducían a las habitaciones superiores.

Oyó gemidos en una puerta. Estaba entreabierta y terminó de abrirla.

—Martha.

La joven estaba tendida sobre su lecho, boca abajo, sollozando amargamente. Watzen se extrañó de su estado de ánimo.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

Ella se puso en pie y buscó un pañuelo para limpiarse los ojos.

—He tenido un momento de… aflicción, eso es todo —dijo.

—¿Usted, una mujer fuerte?

—Creo que se equivoca conmigo, Dieter. Por favor, déjeme sola, se lo ruego.

—Martha, yo quiero ayudarla. Mi ofrecimiento es sincero.

—Por favor, Dieter…

Watzen avanzó hacia ella y le puso las manos en los hombros. El cuerpo de la joven se estremeció ligeramente.

—Quiero ayudarla —insistió él.

—No puede hacer nada en mi caso, se lo aseguro.

—¿De verdad?

Bruscamente, Dieter recordó un consejo que le había dado Olga Lüssendorf y que él había seguido con puntualidad. Se aflojó el cuello de la camisa y metió la mano, para sacar una cadenita de oro, de la que pendía un crucifijo.

—Para usted, Martha.

Watzen estudiaba a la joven con gran atención. Ella vaciló unos segundos, pero acabó por tomar el crucifijo con dos dedos.

—No es muy valioso, pero creo que la protegerá —sonrió Watzen.

De pronto, Martha pareció sentirse mejor.

—Gracias, Dieter. Pero ahora, por favor, váyase —dijo.

—Como quiera. Volveré mañana y… Bueno, ¿no quiere ponerse el crucifijo?

—Claro.

Watzen abandonó la estancia, lleno de perplejidad. Una mujer que había vendido su alma al diablo… y usaba el sagrado símbolo de la Cruz sin sentir nada desagradable.

—No lo comprendo —murmuró, en el momento en que llegaba al vestíbulo.

La voz de Martha Huppelmeier llegó a sus oídos:

—Poldi, me quedo en el castillo.

—Bien, Martha.

Poldi salió de las habitaciones del servicio. Vio al joven y sonrió.

—Señor Watzen.

—Hola, Poldi. Ya me iba.

—¿Ha estado con la señora condesa?

—Sí, hemos conversado un poco. Está muy afectada por lo que sucedió ahí fuera hace un par de noches.

De pronto, Poldi bajó la voz y se acercó al joven.

—Si quiere que le diga francamente mi opinión, fue cosa del diablo —murmuró.

Watzen pensó en el trozo de plata que tenía en uno de sus bolsillos.

—No me extrañaría nada —dijo.

* * *

Watzen abrió la puerta y asomó la cabeza. Al fondo, Hilda lanzó un gritito de susto.

—Podías haber llamado —dijo, malhumorada.

—Lo siento —se disculpó él—. ¿Molesto?

Hilda vaciló.

—Bueno, entra —accedió, a la vez que dejaba a un lado el libro que tenía en las manos.

Estaba sentada y se puso en pie.

—¿Quieres beber? —consultó.

—Bueno, pon un traguito. ¿Qué libro es ése?

—No te importa —contestó ella desabridamente. Llenó la copa y se la entregó.

—No me encuentro bien —añadió.

—Sé que te ha visitado Fortunius. ¿Algún problema?

—No, nada interesante.

«¡Cómo miente!», pensó Watzen.

—Me alegro.

Despachó la copa y se dirigió hacia la puerta. —Volveré a la noche— dijo.

—No, no me encuentro bien.

—Entonces, te deseo que mejores.

Watzen abandonó la estancia. ¿Qué le pasaba a Hilda?, se preguntó.

Entró en su cuarto, pero no cerró la puerta del todo. Buscó una silla y se sentó a observar el corredor.

Media hora más tarde, Hilda abandonó su habitación y descendió a la planta baja. Watzen salió inmediatamente de su cuarto.

Entró en el de Hilda. El libro, muy antiguo, estaba sobre una mesa.

Watzen lo abrió por la señal que marcaba una de sus páginas. El epígrafe que titulaba un capítulo resaltó como con letras de fuego ante sus ojos:

DE LA FÓRMULA QUE SE NECESITA EMPLEAR PARA CONSEGUIR LA APARICIÓN DEL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS Y OBLIGARLE A LA OBEDIENCIA ABSOLUTA A NUESTROS DESEOS.

Watzen silbó tenuemente. El libro quedó como estaba.

—¡Quién lo dijera! —murmuró, mientras salía de la estancia.

# CAPÍTULO XI

El coche se paró de pronto ante el albergue. Una desenvuelta muchacha se apeó del vehículo y entró en la casa.

Danni la atendió en el acto. Cuando olla hubo firmado en el libro, leyó la Inscripción:

—Olga Lüssendorf, periodista.

—Así es —confirmó la recién llegada—. ¿Quiere llevar mi equipaje a la habitación?

—Con mucho gusto, señorita.

Dieter Watzen estaba sentado en su cuarto, repasando una vez más su libreta de notas, cuando, de pronto oyó una voz amistosa:

—¡Uuuuh…!

El joven se levantó de un salto.

—¡Olga! —Exclamó—. Pero ¿qué diablos haces aquí?

La chica terminó de entrar y cerró la puerta.

—Soy periodista, no lo olvides. Mi jefe casi quería despedirme… y me despedirá, si no le llevo un buen reportaje. Y tú, examigo, no te has dignado siquiera ponerme dos líneas, ni hacer una llamada telefónica…

—He estado ocupado —se defendió él.

—La condesa es muy guapa, ¿verdad?

—Hombre…

—Bueno, si te gustan las mujeres con cuatrocientos años de edad, no tengo nada que objetar. Hay que respetar la libertad personal.

—Gracias, preciosa.

—¿Qué tal van tus relaciones con el señor Schwarz?

—Oh, estupendamente. Casi somos como… Bueno, iba a decir hermanos, pero no sería acertado. Nos hemos hecho buenos amigos. Casi nos vemos a diario.

—Vaya, qué sorpresa. El insigne detective Dieter Watzen íntimo

amigo del diablo. ¿Le has vendido el alma?

—No, aunque, bien mirado, creo que Arkangel no aceptaría el trato.

—¿Por qué?

—Le he caído simpático, nena.

Tú le caes simpático a todo el mundo —rió ella—. Oye, ¿por qué no me llevas al castillo?

—¿Para qué?

Olga elevó los brazos al cielo.

—¡Para qué! —bufó—. ¡Para conocer a la condesa, pedazo de tonto!

Watzen se puso en pie.

—¿Qué le dirás? —preguntó.

—Bueno, ya saldrá en la conversación. Tú dile solamente que soy amiga tuya, que estoy de paso y que tengo curiosidad por conocer el castillo. Eso es todo, Dieter.

—¿Seguro?

—¿Te lo pongo por escrito?

Olga se echó a reír.

—Anda, termina de vestirte; estaré aguardándote abajo, en el bar.

Minutos después, salían a la calle. Olga quiso tomar su coche, pero Watzen la hizo desistir.

—Emplea tus piernas. Úsalas para algo más que para lucirlas cuando llevas minifalda —dijo.

—Son para andar, ¿no? ¿Las tengo tan bonitas como las de la posadera?

—¿Qué tiene eso que ver con…?

Olga soltó una risita.

—La he visto un momento y es guapísima. Conociéndote a ti, me imagino fácilmente lo que ha sucedido entre los dos.

—Tienes una imaginación calenturienta —rió él.

—Sí, sí… Bueno, es joven, guapa y viuda, ¿qué más puede pedir un hombre?

Llegaron al castillo. Martha Huppelmeier salió a recibirles.

Watzen parpadeó. La asistenta había cambiado notablemente. Incluso parecía más joven.

Y ofrecía un aspecto muy atractivo.

—Condesa —dijo Olga.

Watzen le dio un codazo.

—Es la señora Huppelmeier, asistenta de la condesa —dijo.

—Ahora, ama de llaves —corrigió fríamente la aludida—. ¿Desean hablar con la señora condesa?

—Sí, por favor —contestó Watzen.

Minutos más tarde, se encontraban frente a Martha.

* * *

Una hora después, abandonaron el castillo.

—Me lo figuraba —dijo Olga—. Es ella, sí; no puede ser otra.

Watzen se sorprendió al oír aquellas palabras.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Dieter, no sé qué te habrá dicho esa chica a ti, pero sí sé que su nombre no es Martha von Scheranz. En realidad, se llama Inge Karl.

—Olga, tú no estás bien de la cabeza —gruñó el joven.

—Me gustaría tener aquí recortes de periódicos y revistas para convencerte —dijo la chica, con vehemencia—. Ocurrió hará unos cuatro años. Yo empezaba entonces. No fue un proceso demasiado sonado; cosas como ésa ocurren con harta frecuencia.

—¿Sí?

—Además, fue absuelta por falta de pruebas.

—Pero, bueno, ¿qué diablos hizo Martha? O Inge, como tú la llamas.

—Como se llama, en realidad. Mató a su amante, un rico industrial… aunque no un barón del hierro o del petróleo o de la química. El tipo tenía dinero, si bien no lo suficiente para organizar un escándalo a escala nacional.

—¿Estás segura, Olga?

—Mira, cuando vi la película en la que intervenía Britt Neckar, llegué a pensar que ésta era Inge Karl. Pero luego, según el *currículum vitae* que te envió Korpanov y que tú me enseñaste, pude darme cuenta de mi error. Simplemente, tenía un gran parecido fisonómico, ¿comprendes?

—Bueno, ¿y qué quieres decirme con todo esto?

—¿Yo? —Olga rió maliciosamente—. Nada, sólo que me gustaría saber por qué Inge está desempeñando el papel de condesa Von Scheranz.

Watzen se quedó pensativo durante unos momentos.

—También a mí me gustaría saberlo —dijo al cabo.

—Pregúntaselo. He observado que hay cierta confianza entre ambos.

—Psé…

—¿Te gusta?

—Es muy hermosa. ¿Te disgusta que me guste? —sonrió Watzen al hacer el juego de palabras.

Olga, en cambio, hizo un gesto de resignación.

—Te diré, Dieter: hubo un tiempo que sentía ciertas ilusiones, pero no tardé en darme cuenta de que yo no soy la mujer de tus sueños. Sé darme cuenta de la realidad, ¿comprendes?

Watzen oprimió cariñosamente el brazo de su acompañante.

—Lo siento —dijo—. Ignoro aún qué siento exactamente hacia Inge, pero lamentaría infinito haberte causado alguna desilusión. A la noche hablaré con ella.

—Una cosa es cierta: no encontraron pruebas de que fuese la asesina de Joachim Schuwerein.

—Se llamaba así aquel tipo, ¿no?

—En efecto. Por supuesto, la Prensa no empleó de un modo claro la palabra amante, a fin de evitarse pleitos por difamación. Pero todo el mundo pudo entender claramente las relaciones que unían a Inge y Schuwerein.

—Sí, tendré que hablar con ella —insistió Watzen.

Aunque antes hablaría con Hilda. Quería preguntarle algo y nadie mejor que la hermosa dueña del albergue para informarle de ciertos datos que estimaba imprescindibles para el mejor esclarecimiento de los numerosos enigmas que se hablan planteado en aquel caso.

* * *

Hilda estaba muy nerviosa, observó Watzen, cuando entró en su habitación.

—¿Te sientes mal? —preguntó en tono casual.

—No, un poco de jaqueca, aunque puedo soportarla. ¿Qué deseas?

Watzen no dejó de captar el súbito cambio que se observaba en Hilda. Además de nerviosa, estaba fría y distante.

—Si no te importa, y puesto que tú no lo has hecho, me invitaré

yo a una copa —dijo.

—Sírvete a tu gusto.

Watzen destapó uno de los frascos. Hilda estaba en pie, con las manos juntas, pero cruzando y descruzando los dedos nerviosamente. ¿Por qué llevaba *pullover* de cuello alto y pantalones, todo el conjunto de color negro?, se preguntó.

—Se trata de dos personas, hombre y mujer —dijo—. Estuvieron aquí hará cinco o seis semanas. Supongo que se hospedaron en este albergue.

—Si quieres decirme sus nombres…

—Britt Neckar y Oskar Keller.

—Sí, los recuerdo.

—Ella se parecía mucho a la condesa.

—Hombre, de cerca se advertían algunas diferencias… No se podían tomar como hermanas gemelas.

—¿Sabes si él visitaba el castillo con frecuencia?

—Sí. Estuvieron una semana. Pidieron habitaciones separadas, pero entro ellos… Bueno, tú ya me entiendes.

Watzen sonrió.

—Cosas de Juventud —dijo.

—Él no era ya un crío. Andaba casi por los cuarenta.

—Vaya, parecía más joven.

—¿Le conocías?

—Lo vi una vez, pero eso no importa ahora. De modo que visitaba el castillo con frecuencia.

—Ya te lo he dicho. Pero él no dijo nunca a qué se debían tales visitas, ni yo se lo pregunté. Supongo que tomaría notas para algún guión.

—Ah, te dijo que ora guionista.

—Sí. No es un pecado, me parece.

—Por supuesto. ¿Sabes si Britt le acompañaba en sus visitas?

—A veces, no siempre.

—Gracias, Hilda, es todo lo que quería saber. Deseo que se te alivie el dolor de cabeza.

Watzen apuró la copa y se dispuso a salir. De pronto, pareció recordar algo y se volvió sonriendo hacia la mujer.

—Hilda, tú no eres supersticiosa —añadió.

Ella hizo un gesto despectivo.

—Claro que no —contestó—. Las supersticiones son… tonterías.

Watzen simuló un hondo suspiro.

—¡Ah, si fuesen realidad! —exclamó—. Entonces, uno podría invocar al demonio, hacerle aparecer y someterlo a la propia voluntad.

Hilda se puso lívida. Palideció de tal manera, que Watzen creyó iba a desmayarse. Estaba junto a una silla y tuvo que apoyarse en el respaldo.

—Buenas noches —se despidió él.

«Con que no eres supersticiosa», pensó, mientras cruzaba el corredor, en dirección a su dormitorio.

Cuando abría la puerta, sonó el teléfono. Dio un par de saltos y levantó el aparato.

Danni le hablaba desde conserjería.

—Señor Watzen, le llaman desde Schónhügel.

—¡Ah, sí! Por favor, póngame enseguida.

—Al momento, señor.

Instantes después, Watzen oyó la voz de Martha.

—Dieter, me parece que esta tarde he estado un tanto fría con usted —dijo la joven.

—Oh, no me había dado cuenta… Aunque quizá yo la he molestado, al visitarla intempestivamente, con mi amiga, la señorita Lüssendorf.

—Es una joven muy encantadora. ¿Su prometida?

—No, simplemente, buenos amigos.

—Está bien. Dieter, ¿acepta mi invitación para cenar?

—Oh, sí, encantado. Me cambiaré de ropa inmediatamente.

—Entonces, hasta luego.

—Gracias, Martha.

Watzen dejó el teléfono sobre la horquilla. Aquella misma noche, sin falta, preguntaría a Martha cuáles habían sido, en realidad, sus relaciones con Schuwerein.

* * *

Cuando ella se hizo visible en el salón. Watzen sintió que perdía el aliento.

—No cenaremos aquí —dijo Martha, mientras le tendía una mano de mármol, pero llena de vida—. Poldi está preparando la mesa en mis habitaciones. Me ha parecido más íntimo. ¿No lo cree

así, Dieter?

Watzen besó la mano de la joven y la retuvo, mientras se recreaba contemplando su espléndida figura. Martha se había puesto un traje largo, color fucsia, muy escotado y sin espalda. El conjunto, con la piel blanquísima y el pelo intensamente negro, resultaba de un atractivo inigualable.

—¿Y bien, no me dice nada? —exclamó ella.

—Es que… usted deja sin habla a los humanos —sonrió Watzen.

—¿Le gusto?

—La palabra gustar es poco para definir lo que siento en estos momentos hacia usted, Martha.

—Dieter, me aterra usted.

—¿Por qué?

—Tengo la impresión de que es un terrible conquistador. En cualquier momento, usará de sus artes, poco menos que diabólicas, y yo caeré rendida en sus brazos, sin poder evitarlo…

—Tiene usted un magnífico sentido del humor, Martha —rió el joven—. La verdad, soy un hombre más bien corriente, aunque, eso sí, ferviente admirador de la belleza.

Martha se separó de él y llenó dos copas.

—La estrategia de todo asaltante consiste en hacer gran ostentación de sus intenciones, opuestas a las que de él se suponen —dijo, al entregarle una de sus copas—. Finge lo que no es… y así captura mejor sus piezas.

«Hay quienes fingen no ser supersticiosas y lo son hasta el tuétano», pensó Watzen, recordando a Hilda.

—¿Se considera usted una pieza? —preguntó.

Martha le miró por encima del borde de la copa.

—Me siento a punto de ser cazada —respondió.

Poldi abrió la puerta en aquel momento.

—La señora condesa está servida —anunció.

Martha dejó la copa a un lado. Watzen le ofreció su brazo.

Poldi se inclinó profundamente cuando ellos pasaron por su lado. A Watzen le chocó un tanto la extraña sonrisa que aparecía en los labios del regordete mayordomo. «¿De qué se reirá?», no pudo por menos de preguntarse.

Poldi sirvió la cena con rapidez, eficacia y discreción. El champaña era exquisito y las llamas de la chimenea daban un

ambiente muy agradable a la estancia.

Martha se mostró encantadora y llena de atractivo. Watzen se sentía un tanto desconcertado. ¿Cómo había podido cambiar tanto en pocos días? ¿Había dejado ya atrás los problemas que la afligían y que no quiso confiarle?

De pronto, Martha levantó su copa.

—Voy a proponerle un brindis, Dieter —dijo.

—Aceptado —contestó él.

Martha le miró intensamente. A Watzen lo pareció que tras aquellas pupilas latía un fuego devorador, eterno, interminable…

—Por la vida, Dieter.

# CAPÍTULO XII

Watzen vació su copa. Martha se había puesto en pie y rodeó la mesa para reunirse con ella.

Martha le esperó inmóvil, con una ligera sonrisa en unos labios que parecían de fuego. Watzen la abrazó.

«Es curioso, tiene la piel muy fría», pensó él.

Buscó su boca. Ella no retrocedió.

Los labios de la pareja se confundieron en un beso estallante. Al cabo de unos Segundos, ella se separó un tanto y murmuró:

—Lo presentía.

—¿Sí?

—Lo dije desde el primer momento: eres un terrible conquistador y yo soy tuya…

De pronto, ella agarró una de sus manos y tiró de él hacia unas cortinas de espeso terciopelo rojo, que ocultaban indudablemente la otra pieza de la estancia.

—Ven, ven… —llamó Martha.

Watzen dio un par de pasos, subyugado por el poderoso atractivo que emanaba de aquel cuerpo de diosa. De repente, advirtió un detalle.

—Espera —dijo.

Ella le miró intrigada, sin soltarle. Watzen paseó la vista por la estancia.

Había dos ventanales grandes. Desde uno de ellos, a través de las cortinas de muselina, se entreveían las luces del pueblo.

Aquélla no era la estancia en que había visto a Martha, llorando, tumbada boca abajo en la cama. Miró a la joven y observó otro detalle.

El cuello y los hombros de Martha quedaban al descubierto, por la forma del vestido, de enorme escote en V, que llegaba hasta la cintura. ¿Dónde estaba el crucifijo que le había regalado?

—Tú no eres Martha —dijo, de pronto.

Los ojos de la joven emitieron un singular centelleo.

—¿Puedes probar lo contrario? Anda, demuestra que no soy Martha von Scheranz —le desafió.

Watzen volvió a mirarla. Una horrible sospecha penetró en su mente.

—Martha… von Scheranz… la mujer que vendió su alma al diablo hace cuatrocientos años…

—Sí, la misma —contestó ella orgullosamente—. ¿No te parezco hermosa y deseable? La edad no importa; mi cuerpo es el mismo que el de hace cuatro siglos y, como entonces, mi corazón late con fuerza y la sangre circula ardientemente por mis venas.

Extendió ambas manos hacia él.

—Ven, ven… —dijo con voz cálida y sensual.

Watzen retrocedió.

—Tú no eres la joven a quien yo creía Martha —insistió—. ¿Dónde está esa muchacha?

—¿Qué importa ahora? Dieter, estamos tú y yo… Ven, ven…

El joven se sintió tentado de saltar hacia ella, para obligarle a declarar dónde estaba la muchacha que hasta entonces había desempeñado el papel de Martha. El hecho de hallarse junto a una mujer de cuatrocientos años le impresionaba mucho menos que el desconocido paradero de Inge Karl.

De pronto, giró sobre sus talones y huyó de la habitación.

Detrás de él sonó un grito de furia infinita:

—¿Por qué me ha rechazado? —clamó la condesa.

En alguna parte, sonó una atronadora carcajada de burla. Watzen oyó aquella risotada.

¿Era Arkangel?

Sintió deseos de llamarlo, pero se contuvo. Haría cualquier cosa menos invocar al diablo.

Abrió las puertas de todas las habitaciones. Desesperado, llamaba a la joven:

—¡Inge! ¡Inge!

Pero nadie contestaba a sus frenéticas llamadas.

—Alguien tiene que saber dónde está —se dijo, mientras se precipitaba escaleras abajo.

Las habitaciones de la servidumbre se hallaban en la parte

posterior de la planta baja. Abrió la puerta de la cocina.

Estaba vacía.

Había varias puertas más. También las abrió.

—¡Poldi! ¡Señora Huppelmeier! —gritó.

Pero ninguno de los dos le contestó. Sus dormitorios estaban completamente en orden. De pronto, reparó en un detalle.

En ninguna de las estancias había un crucifijo ni el menor símbolo religioso. ¿Era cierto que no sólo Martha, sino también el castillo estaba poseído por el diablo?

De repente, oyó que se abría la puerta principal.

Un instintivo sentimiento de prudencia le hizo ocultarse tras la puerta que daba al vestíbulo. Asomó un poco la cabeza.

Su asombro llegó al colmo, cuando vio a Hilda, envuelta en una larga capa negra, con la mano unida a la de Fortunius.

—Ven —dijo el hombre, con acento persuasivo.

Fortunius tenía una apariencia que a Watzen le resultó muy familiar.

¿Era aquél otro de los aspectos que podía tomar el diablo?, se preguntó.

* * *

Hilda y su acompañante se dirigieron al salón. Watzen llegó un minuto más tarde y lo encontró vacío.

Inmediatamente, supuso dónde estaban. De pronto, se le había ocurrido que Inge podía estar en la cripta.

Hizo funcionar el resorte. El subterráneo estaba brillantemente iluminado.

Hilda se había quitado la capa negra y estaba vestida solamente con lo que parecía una túnica, de color blanco y finísimo tejido.

Fortunius estaba a su lado.

—Ahora harás el conjuro y te concederé vida y juventud durante mil años —dijo solemnemente—. Por diez siglos, vivirás con esta apariencia actual. Pero tu alma será mía cuando mueras.

Hilda sonrió extrañamente.

—Mil años —murmuró—. Sí, acepto, acepto…

La mano de Fortunius se tendió, de pronto, hacia la sepultura.

—Recuerda, una de las condiciones que debes aceptar es beber la sangre de una doncella —dijo.

—Sí, beberé.

Hilda estaba como alucinada. ¿Le había propinado alguna pócima?, pensó Watzen.

Fortunius puso en las manos de la mujer una copa de metal y un afiladísimo puñal.

—¡Hiere! ¡Mata! —gritó—. Mata, para que vivas mil años…

Hilda puso el pie en el primer escalón. Entonces. Watzen, espeluznado, se dio cuenta de que Inge Karl yacía sobre el sepulcro.

—¡No! —aulló, a la vez que se precipitaba escaleras abajo.

Fortunius e Hilda se volvieron al mismo tiempo, enormemente sorprendidos por la inesperada irrupción de alguien a quien creían muy lejos de aquel lugar. Watzen saltó sobre el hombre y lo arrojó a lo lejos de un empellón.

Hilda, irresoluta, no sabía qué hacer. Watzen le arrebató el puñal de un manotazo y lo tiró a un lado.

—Estás loca —dijo—. ¡Ese hombre es un embaucador!

Había un extraño brillo en los ojos de Hilda.

—¡Iba a concederme mil años de vida! —chilló.

Fortunius se había puesto en pie. De pronto, Watzen reparó en la capa que Hilda había dejado sobre el suelo.

Junto a la capa había un bolso de terciopelo negro. Se inclinó, aflojó los cordones y contempló el montón de joyas y billetes que había en su interior.

—El diablo no pide dinero —dijo—. Lo da, que no es lo mismo.

—Maldito entrometido… —barbotó Fortunius.

—¡Él me dará vida y juventud por mil años! —insistió Hilda, obcecadamente.

—Tonterías…

—Dieter tiene razón —sonó de pronto la voz de Martha von Scheranz—. Ese hombre es un farsante. ¡Y los farsantes no merecen vivir!

Watzen se volvió. Atónito, se dio cuenta de que la mujer que había hablado con la voz de Martha era la señora Huppelmeier. Pero estaba infinitamente más hermosa que el día en que la viera por primera vez.

¿No había cenado con ella?, se preguntó, terriblemente conturbado.

Todo sucedió en fracciones de segundo. Martha empuñaba el puñal que había estado hasta entonces en la mano de Hilda. El arma

relampagueó un instante y se hundió hasta la empuñadura en el pecho de Fortunius.

Sonó un horrible alarido. Fortunius manoteó espantosamente un poco y cayó de espaldas.

Watzen se quedó helado de horror. De pronto, antes de que pudiera hacer nada, Hilda se precipitó sobre Martha, le arrancó el puñal ensangrentado que aún tenía en la mano y empezó a acuchillarla salvajemente.

—Maldita, maldita… Él iba a darme vida y juventud durante mil años…

Martha cayó, gritando de una manera horripilante. Watzen se dio cuenta de que Hilda estaba presa de un incontenible ataque de locura.

Hilda se arrojó sobre la condesa y continuó apuñalándola. De pronto, la demencia alcanzó el paroxismo en su mente enloquecida. El puñal se movió horizontalmente y en semicírculo.

Un torrente de sangre brotó de la garganta abierta de oreja a oreja. Hilda emitió un espeluznante gorgoteo. Quería decir algo, pero la horrible herida que ella misma se había causado, le impedía hablar.

De pronto, cayó, cruzada sobre el cuerpo de su víctima. Pataleó un poco y se quedó inmóvil.

Entonces, Watzen salió de su estatismo y avanzó hacia el sepulcro.

Inge, la hasta entonces condesa Von Scheranz, abría los ojos en aquel momento.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

Watzen se dirigió hacia Inge. Luego la alzó en brazos.

—No te preocupes, estás bien —dijo suavemente.

Procuró que ella no viera el sangriento cuadro y avanzó hacia la escalera. De repente, sonó un trueno espantoso. Algo crujió con tremendo chasquido.

Watzen se volvió. La tapa del sepulcro había caído a un lado, partiéndose en dos trozos.

Entonces vio algo asombroso. Martha había desaparecido.

Sólo había dos cadáveres en el suelo. Watzen sintió un escalofrío.

Presintió la verdad de lo sucedido. Poseído por una irrefrenable

curiosidad, corrió a dejar a Inge en el diván de la sala y bajó de nuevo a la cripta.

Se asomó al sepulcro. En el interior sólo había un puñado de huesos.

Algo brillaba en uno de los huesos, correspondiente al dedo anular. Watzen reconoció una sortija idéntica a la que había visto en la mano de Inge. Pero aquella gema era legítima, de una pureza intachable.

Entonces ya no le cupo la menor duda de que estaba ante los restos de Martha, condesa Von Scheranz.

* * *

Inge dormía apaciblemente. Ahora se hallaba en seguridad, en una de las habitaciones del albergue. Olga cuidaba de la joven.

Watzen descansaba en su cuarto. De pronto, notó que no se hallaba solo.

—Hola —dijo el visitante.

—¡Poldi! —exclamó Watzen, atónito—. ¿Dónde se ha metido…?

—He estado muy ocupado —respondió el gordito—. Hay personas que dan mucho trabajo.

—No entiendo…

Poldi sonrió maliciosamente.

—Me has derrotado —dijo—. Has hecho que se cumpliera la leyenda.

Watzen comprendió y se puso en pie.

—Tú eres…

—Sí.

—Parece mentira…

—¿Por qué? Puedo adoptar todos los aspectos que desee. En Schónhügel se necesitaba un mayordomo y me ofrecí yo.

—Ahora comprendo… Poldi, la condesa no vivió los mil años.

—Lo sé. En realidad, estaba cansada de vivir. He fracasado con ella. No pude quedarme con su alma.

—Se arrepintió antes de morir.

—Durante una fracción de segundo, pero, además, ¿sabes por qué?

—Explícamela, te lo ruego.

—Su asesina cayó sobre ella. En… Lo siento, no puedo pronunciar el nombre de ese sagrado símbolo.

—Sí, comprendo —dijo Watzen, recordando la postura en que habían quedado las dos mujeres—. Pero eso deja sin aclarar algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Las muertes de Britt Neckar y Oskar Keller, en primer lugar.

—Lo hizo Fortunius. Temía que la película pudiera revelar demasiados detalles de Schónhügel. Eso habría estropeado sus planes.

—¿Qué planes?

—La condesa estaba en paradero desconocido. Él pensaba vender la propiedad. Era un estafador, ¿sabe?

—Inge le ayudaba.

—A la fuerza, pero ella te lo contará todo.

—Sí. ¿Qué me dices de Wegener?

—También Fortunius. Lo que sucede es que lo dejó por muerto y el chico pudo escapar, pero no llegó muy lejos. Luego lo llevó a la posada.

Con la complicidad de Hilda.

—Sí, la tenía embaucada. Fortunius se hacía pasar por mí. Tiene gracia, ¿verdad? Hilda era una mujer, aparte de guapa, con un buen capitalito. Las mujeres como Hilda eran una de las especialidades de Fortunius.

—Bien, pero Hauser…

Poldi perdió su sonrisa.

—A ése lo quemé yo —dijo—. El muy bandido; estaba loco de celos por la condesa.

—¿Por Martha?

—Bueno, a decir verdad, por la señora Huppelmeier. Ella vino aquí hace tres meses, bajo ese disfraz.

—¿Por qué?

—¿Quién hubiera creído que era la auténtica condesa?

—Eso es verdad —reconoció Watzen.

—Martha tenía que pasar aquí, al menos, un día al año. Pero se encaprichó de Fortunius. Aunque yo pienso que lo confundió conmigo y trataba de conquistarle para burlarse de mí.

Watzen recordó las escenas vistas a través de una ventana iluminada. Si, en aquellos momentos, Inge, ajena a lo que sucedía, dormía en otra habitación.

—Y luego, Martha se dio cuenta de que no eras tú…

—Exactamente. ¿No te diste cuenta de que rejuvenecía a ojos vista?

—Sí, su aspecto había cambiado mucho desde el día en que la vi por primera vez.

Poldi meneó la cabeza.

—Me habéis derrotado, pero no me importa —dijo—. También al diablo le gusta ser bueno alguna vez —añadió, sonriendo—. ¡Ah!, si un día vas a la cripta, la encontrarás en su estado normal. En las columnas de las esquinas ya están las espadas.

—Además, escultor —sonrió Watzen—. Pero no pienso volver allí, Poldi.

—Harás bien. Dieter, ya no nos veremos más.

Una neblina surgió de repente en el sitio donde había estado Poldi. A Watzen le pareció que se había quedado dormido unos minutos.

Despertó. ¿Había sido sueño o realidad?

Se inclinaba a pensar lo segundo, pero… ¿quién daría crédito a su historia?

En todo caso, el asesino de Britt y Keller había purgado ya sus crímenes.

* * *

—Y eso es todo, Uri —dijo Watzen, como remate de su narración telefónica—. Se ha podido comprobar la intervención de Fortunius en este asunto y el caso está cancelado. En cuanto me sea posible, te enviaré un informe escrito más extenso.

—Gracias, Dieter —respondió Korpanov—. Incluye tu minuta en el informe. No seré tacaño, te lo aseguro.

Watzen dejó el teléfono en la horquilla. De pronto, se dio cuenta de que Inge estaba frente a él.

Se levantó de un salto. Ella le entregó algo.

—He venido a devolverte esto —dijo.

Watzen cerró los dedos de la joven sobre el crucifijo.

—Quiero que lo conserves —sonrió.

—Dieter, Fortunius me obligó a desempeñar el papel de condesa —explicó ella—. Decía que tenía pruebas que demostrarían mi culpabilidad en la muerte de Schuwerein. Tuve que obedecerle. Le temía.

—Sí, comprendo. Pero tú no mataste a Schuwerein.

—No, ni fui su amante, aunque las apariencias parecieran indicar lo contrario. El asesino fue Fortunius, quien le extorsionaba. Nos citó a los dos por separado y lo mató, creyendo que yo cargaría con las culpas.

—Por suerte, no fue así.

Watzen tenía todavía la mano de Inge entre las suyas. De pronto, reparó en un detalle.

—Quítate ese anillo —dijo.

Inge obedeció.

—Me lo dio Fortunius —murmuró—. Dijo que tenía que llevarlo constantemente…

—Sí, y Keller hizo fabricar otro para Britt —dijo Watzen—. Tres mujeres con cierto parecido: Britt, tú y… una había nacido hace cuatro siglos.

—¿Crees de veras que tenía cuatrocientos años?

Watzen asintió.

—Sí, pero no se lo repetiré a nadie —contestó.

De pronto, miró a la Joven y sonrió.

—Inge, ¿tienes proyectos para el futuro? —preguntó.

—No, ninguno…

Los brazos de Watzen ciñeron la esbelta cintura femenina.

—Vamos a hacer juntos esos proyectos —sugirió.

**FIN**



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.